

23
CIC

LE BON

ARTIDUMEN
DE
ESTADOS DI

PQ2623
.E27
I58

R. C.



1020027012



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GUSTAVE LE BON

INCERTIDUMBRES
DE NUESTROS DIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ARRUBIAS

012

GUSTAVE LE BON



INCERTIDUMBRES DE NUESTROS DIAS

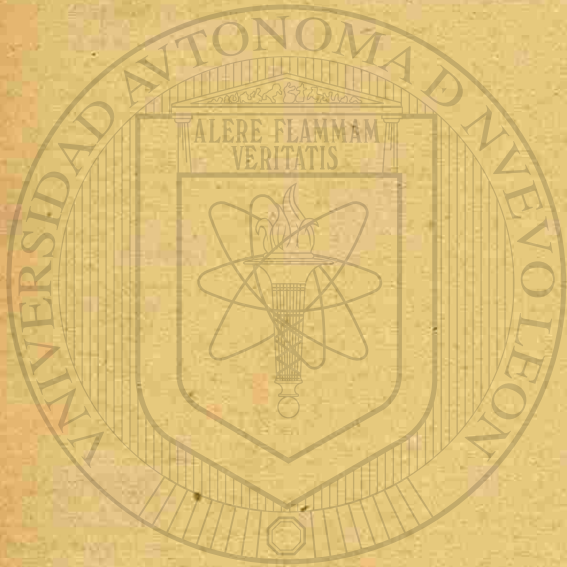
REFLEXIONES

SOBRE LA POLÍTICA, LAS GUERRAS,
LAS ALIANZAS, LA MORAL, LAS
RELIGIONES, LAS FILOSOFÍAS, ETC.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS

POR

MARCIAL AGUIRRE



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



36716

FONDO

RICARDO COVARRUBIAS

M. AGUILAR
EDITOR

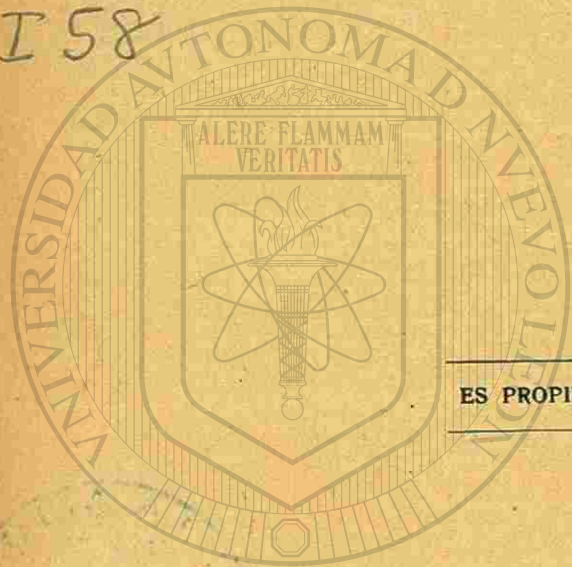
MARQUÉS DE URQUJO, 39
MADRID

86012

PQ2623

.E27

I58



ES PROPIEDAD

A mi amigo

ARISTIDES BRIAND

*Ex presidente del Consejo
de Ministros.*

*En recuerdo de nuestras charlas filosófi-
cas en los duros años de guerra y en
las horas inciertas que siguieron.*

GUSTAVE LE BON.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. J. Pueyo. Luna, 29]
Teléfono 10864.—Madrid

100 PQ2623
L .E27

ISS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PREFACIO

La evolución científica moderna ha hecho nacer necesidades económicas netamente contrarias a los impulsos afectivos y místicos que, desde los comienzos de la Historia, dirigían las acciones de los hombres.

Esta oposición, acentuada de día en día, es una de las causas profundas del desequilibrio actual. Nuestra época oscila entre las influencias hereditarias que orientaban el mundo en otros tiempos y las necesidades surgidas de los nuevos descubrimientos científicos.

Así, por ejemplo, ¿cómo conciliar las ambiciones, las rivalidades y los odios que empujan a las razas a luchas furiosas con el engranaje económico que las liga con tan estrechísima interdependencia que el daño sufrido por una de ellas no tarda en alcanzar a todas las demás?

Si esta interdependencia no ha conseguido hacer de la solidaridad una de las leyes del

mundo moderno, es porque las pasiones y los sentimientos, generadores habituales de la conducta, son la herencia de un largo pasado, mientras que las nuevas necesidades económicas son de ayer y pesan todavía poco en la balanza de los motivos que hacen obrar a los hombres.

La dominación de las fuerzas racionales por las afectivas y místicas deben estar siempre presentes en el espíritu cuando se quiere comprender la génesis de los grandes acontecimientos que perturban la vida de los pueblos.

Crear que estos acontecimientos están determinados por la pura lógica racional conduce a forjarse terribles ilusiones.

De ellas fueron víctimas los pacifistas que, en vísperas de la guerra, sostenían, con un eminente profesor de la Sorbona, que un conflicto entre Francia y Alemania siendo racionalmente imposible, devenía inútil una costosa preparación militar.

Los hechos no tardaron en demostrarles que la sabia lógica de los profesores todavía no rige la Historia. La lógica afectiva y mística que la orientan obedecen a muy distintas leyes, cuya naturaleza tendremos más de

una ocasión de hacer resaltar en el curso de esta obra.



Las reflexiones que provocan las agitaciones de nuestros días varían, claro está, según los hábitos mentales del observador. Los puntos de vista del sabio no podrían ser los del creyente cuya fe limita el horizonte, ni los del hombre de Estado absorbido por las necesidades diarias, ni menos aún los de los adeptos a un partido político exclusivamente preocupado por los intereses de este partido.

Elevarse por encima de estas barreras es indispensable si queremos columbrar los orígenes y las consecuencias de los problemas que tan profundamente turban actualmente el alma de las naciones.



En el estado actual de nuestros conocimientos, y tras los trastornos que han conmovido la antigua armadura social, ¿qué ideas podemos forjarnos del derecho, de la moral, de las instituciones y, especialmente, de las creencias religiosas, políticas y sociales que han guiado la marcha de las civilizaciones y que todavía las guían?

Una contestación satisfactoria a estas cuestiones exigiría varios volúmenes; pero los fenómenos sociales, lo mismo, por lo demás, que los fenómenos físicos, están dominados, pese a su complejidad, por algunos principios fundamentales de los que se derivan los casos particulares y que es posible formular brevemente. Estos principios, verdaderos subtratos de las cosas, son, con frecuencia, más sugestivos que las explicaciones prolijas.

Las vistas de un filósofo que ha explorado mucho el mundo y buscado también nuevas verdades en el silencio de los laboratorios tal vez ofrezcan algún interés.

Libres de pasiones engañosas y de estériles recriminaciones, tal vez puedan contribuir a disipar las brumas que oscurecen el presente y tan incierto hacen el porvenir.

CAPITULO PRIMERO

La vida política.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una contestación satisfactoria a estas cuestiones exigiría varios volúmenes; pero los fenómenos sociales, lo mismo, por lo demás, que los fenómenos físicos, están dominados, pese a su complejidad, por algunos principios fundamentales de los que se derivan los casos particulares y que es posible formular brevemente. Estos principios, verdaderos subtratos de las cosas, son, con frecuencia, más sugestivos que las explicaciones prolijas.

Las vistas de un filósofo que ha explorado mucho el mundo y buscado también nuevas verdades en el silencio de los laboratorios tal vez ofrezcan algún interés.

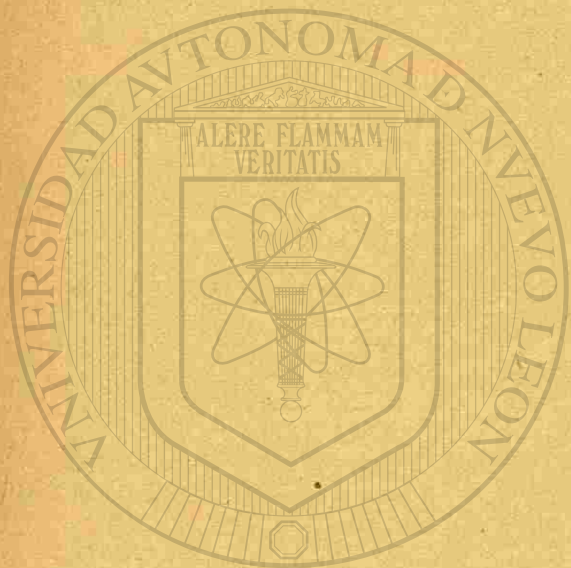
Libres de pasiones engañosas y de estériles recriminaciones, tal vez puedan contribuir a disipar las brumas que oscurecen el presente y tan incierto hacen el porvenir.

CAPITULO PRIMERO

La vida política.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

PERTURBACIONES POLÍTICAS Y MORALES
CREADAS POR LA GUERRA

La inestabilidad universal es una de las más visibles consecuencias de la guerra: inestabilidad de las instituciones, de las alianzas y de los pensamientos.



No sólo debería poderse reconstruir la Europa material, sino también la moral. Sin embargo, las ambiciones, los odios y las necesidades aumentan, mientras que el amor al trabajo, la disciplina y el sentimiento del deber no cesan de debilitarse.



Como todas las antiguas armaduras sociales han sido conmovidas por la conflagración

universal, los pueblos buscan a tientas instituciones nuevas. Si vuelven invariablemente a las antiguas es porque, probablemente, no existen otras.

El equilibrio de los Estados formados antes de la guerra eran estables porque emplearon siglos para formarse. Los equilibrios artificiales creados después de la paz son inestables, porque derivan de principios teóricos, extraños a las realidades.

Europa marcha claramente hacia nuevas agrupaciones políticas que no serán ni las anteriores a la guerra ni las por ésta creadas. Italia se orienta hacia Inglaterra; Alemania, hacia Inglaterra y Rusia; Francia, hacia Turquía, y Polonia, hacia los Estados balcánicos. Para estabilizar estos nuevos equilibrios serán indispensables luchas sin cuento.

La ruina de las clases intelectuales medias y la vuelta forzosa a un medio-proletariado coincidiendo con el bienestar de los antiguos

proletarios es una de las más peligrosas consecuencias de la guerra.

Se conoce el número de soldados víctimas de la guerra; pero todavía se ignora el de las creencias destruidas.

Entre las causas profundas del actual desequilibrio social figura la pérdida parcial de los hábitos mentales que orientaban antes la conducta y dispensaban de tener que reflexionar mucho antes de obrar.

Cuando se derrumban las ideas que sostienen una sociedad, ésta cae en la anarquía hasta el día en que encuentra otros principios directores lo bastante poderosos para forjarle una nueva armazón. Como todo cambio de ideal implica profundo trastorno, el paso de un ideal a otro es siempre muy largo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

II

LAS DIFICULTADES MODERNAS DE LOS GOBIERNOS

Siendo la verdad, para la gran mayoría de los hombres, lo que ellos creen, es sobre todo con sus creencias con lo que se debe gobernar a los pueblos.



Entre los conocimientos psicológicos más necesarios a los gobiernos figura el arte de penetrar la mentalidad de los hombres cuyas ideas difieren de las de aquéllos y razonar con estas ideas.



Una de las graves dificultades de la política consiste en la obligación que tiene de gobernar con ideas aceptadas como verdaderas por las multitudes cuando estas ideas son erróneas.



En otro tiempo, los hombres de Estado gobernaban apoyándose en costumbres y tradiciones muy fijas. Hoy, obligados a seguir convicciones populares movibles, han de limitarse a sugerir opiniones aceptables y procurar modificar las que no lo son.

Un país puede cambiar de gobierno, pero sus tradiciones políticas no cambian nada. La Convención continuó en muchos puntos la política de Luis XIV. Los mismos bolcheviques siguen en Oriente la misma de los zares.

Los gobiernos deben saber discernir los sentimientos que impulsan a los hombres, sin preocuparse gran cosa de las influencias racionales que deberían hacerles obrar.

Sea cual fuere el modo de gobierno, siempre termina en una oligarquía: permanente en el régimen monárquico y efímera en el democrático.

Los gobiernos deben saber lo que quieren y

lo que pueden; pero también lo que pueden y quieren sus adversarios.

Conocer bien los límites de un poder es indispensable para no aproximarse jamás a los límites donde se manifestaría la impotencia.

Iniciar los acontecimientos es, con frecuencia, misión de los hombres de Estado, pero ante su desarrollo son impotentes. Alemania podía o no decidir la guerra submarina sin cuartel; pero una vez comenzaba acarrea fatalmente la intervención de América. El primer ministro inglés aconsejaba a los polacos que trataran con el ejército bolchevique que sitiaba su capital y preparaba la invasión de Europa de haber sido escuchado.

En los países compuestos de pueblos diferentes por su religión, su raza, su idioma, sólo un régimen despótico es capaz de impedir luchas sanguinarias intestinas. Jamás se produjeron tantas matanzas entre los balcánicos como después de liberarse de la dominación

turca, que fué la única que consiguió mantener la paz entre ellos durante quinientos años.

Retroceder ante el peligro da por resultado cierto aumentarlo.

No resistir, en política, a una fuerza antagonista naciente es condenarse a verla devenir irresistible. Los girondinos de todas las épocas han hecho la experiencia. Esta ley eterna condujo la revolución rusa, al principio pacífica, a caer en una sangrienta dictadura.

Los apóstoles sólo se combaten con apóstoles y de los agitadores sólo se triunfa oponiéndoles otros agitadores.

Un ministro no puede ser el mismo hombre en el poder y fuera del poder. En el poder se ocupa necesariamente de los intereses generales. Fuera del poder sólo columbra los su-

vos personales, entre los que, el más esencial, es volver a ocupar el poder.

Entre hombres políticos de partidos diferentes es posible la amistad. Entre hombres de un mismo partido, las envidias son generalmente demasiado intensas para dejar sitio a la amistad.

Si en la carrera diplomática se exigiera un examen en el que hubiera que demostrar el conocimiento del carácter de los diversos pueblos, de sus reacciones posibles según las circunstancias y de los medios de influenciar eficazmente su conducta, no se encontrarían, con toda seguridad, diez hombres en Europa capaces de aprobar este examen.

Una ciencia profunda de las cosas paraliza con frecuencia la acción. Hombres de Estado poseedores de un espíritu lo bastante vasto para columbrar todas las consecuencias posibles de sus decisiones, obrarían muy poco.

El hombre de Estado capaz de prever todas las repercusiones de sus actos sería comparable al jugador de ajedrez que leyera en el tablero de su adversario las posibilidades invisibles que resultarían del desplazamiento de las piezas visibles.

La vida política y social, siendo únicamente posible mediante compromisos y transacciones, la intransigencia constituye la más peligrosa de las doctrinas.

Todos los gobiernos están siempre rodeados de fuerzas hostiles. La habilidad consiste en orientarlas para no tener que combatir las.

En política es poco menos que imposible juzgar con equidad las opiniones de un adversario.

Los hombres de Estado hacen bien en utilizar la lógica racional en sus discursos; pero no deben olvidar jamás que los pueblos son

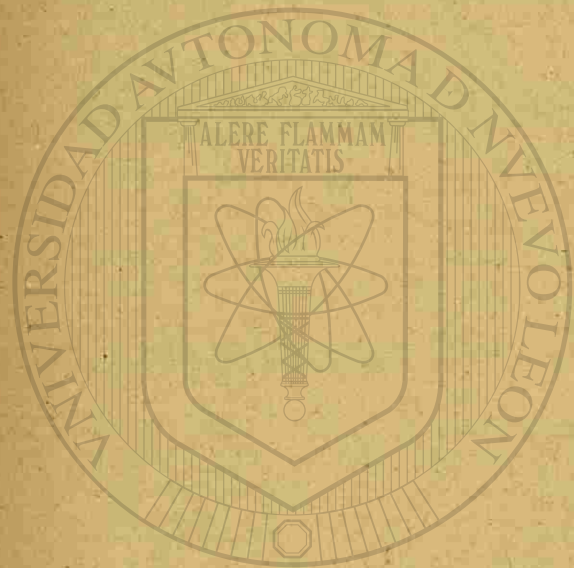
conducidos, con frecuencia, por pasiones, creencias e intereses muy extraños a la lógica de los libros.

Para que una amenaza política conserve su prestigio hay que retardar su realización lo más posible.

El tiempo ayuda a los gobiernos fuertes, pero raramente a los débiles.

Los conductores de pueblos no sólo tienen que regir a los vivos. Han de tener también en cuenta la imperiosa voluntad de los muertos.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

LAS CREENCIAS POLÍTICAS

Creencias religiosas y creencias políticas tienen fundamentos psicológicos idénticos. Ambas nacen y se propagan de la misma forma.



La propagación de ciertas creencias políticas, como, por ejemplo, el comunismo, es incomprendible cuando se ignora la necesidad mística de creencia que domina la vida de los pueblos.



Las verdades científicas son verdades universales. Las creencias políticas, aceptadas como verdades, representan habitualmente convicciones transitorias derivadas de pasio-



nes y de sentimientos que la razón no gobierna.



Incluso cuando las religiones parecen no influir sobre las almas, su poder se mantiene en el inconsciente y continúa siendo un móvil de acción. El odio contra Turquía, tan enérgicamente manifestado por los ingleses y los americanos, representa una supervivencia ancestral de la lucha secular entre la Cruz y la Media-Luna.



Una creencia política no es, con frecuencia, más que un acto de fe desprovisto de soporte racional. Tiene por origen el descontento entre los iletrados, y la envidia y la ambición en los hombres instruidos.



Por destructiva que sea una creencia política siempre encuentra para defenderla intelectuales cuyas ambiciones son superiores a sus capacidades.

Ciertas creencias políticas atraen multitud de curiosos totalmente indiferentes a estas

creencias, pero que esperan utilizarlas en provecho de sus ambiciones. Si Catilina viviera hoy se declararía sindicalista o bolchevique.



Una creencia racionalmente falsa, pero capaz de solidarizar a los hombres, es, políticamente, superior a una doctrina racionalmente exacta, pero incapaz de crear la unidad de pensamiento, sin la cual los pueblos no pueden progresar. La historia de las creencias políticas y religiosas debe juzgarse a la luz de este principio.



Difícilmente podemos representarnos la existencia de un pueblo gobernado por realidades en vez de por ilusiones religiosas, políticas o sociales. La Historia no registra ningún ejemplo.



En los ciclos de lo afectivo y de lo místico en los que se elaboran las creencias políticas y sociales, la inteligencia al influir poco, las convicciones de los iletrados y de los sabios no tienen un valor muy diferente.



El ejemplo del dictador bolchevique enviando desde el Kremlin sus órdenes a los revolucionarios reunidos en el Congreso de Tours para recogerlas respetuosamente contribuye a mostrar hasta qué punto la necesidad de sumisión a los dogmas permanece intensa en los rebeldes que se creen libres de toda creencia.

Cuando llegan a cierto grado, las creencias místicas, religiosas o políticas devienen fatalmente destructivas.

En arte como en política el prestigio es un gran regularizador de valores. Cuando el Louvre compraba por 700.000 francos lo que le había sido ofrecido por 20.000 algunos años antes, no hacía más que pagar el prestigio adquirido por el nombre del autor. El valor numérico de este prestigio estaba exactamente representado por la diferencia entre dos sumas. El prestigio de las fórmulas políticas experimenta con frecuencia variaciones del mismo orden.

Los progresos del bolcheviquismo contribuyen a probar que una doctrina llena de esperanzas se impone más fácilmente que las verdades racionales mejor demostradas.

Republicanos y socialistas constituyen, no obstante su efímera colaboración, los partidos políticos opuestos. Los primeros representan la democracia; los segundos, la dictadura.

Una de las fuerzas del convencido consiste en no discutir el valor racional de su creencia.

En política y en religión el sueño de los convencidos fué siempre poder matar sin piedad los hombres que no piensan como ellos.

Una excelente definición del radicalismo es la siguiente, que dió el presidente Wilson: "Esta palabra—decía—significa: simplismo, violencia y envidia."

El radicalismo durará todavía largo tiempo, porque la naturaleza humana supone, sin esfuerzo, que las medidas sencillas y violentas pueden remediar instantáneamente males resultantes, en realidad, de un conjunto de causas lejanas y profundas.

Cuando las razones psicológicas de los acontecimientos y su complicación serán mejor comprendidas, muy pocos hombres instruidos aceptarán ser clasificados como radicales.

En política una verdad indiscutida no es, con frecuencia, más que un error suficientemente repetido.

IV

LAS FÓRMULAS POLÍTICAS

En las ciencias, el valor de una idea es independiente de las fórmulas que la traducen. En política son exclusivamente las fórmulas las que influyen sobre las multitudes.

En las asambleas políticas, el prestigio del verbo domina generalmente a la competencia.

Una idea sólo adquiere influencia luego de devenir colectiva. Entonces se exterioriza en fórmulas y puede llegar a ser bastante fuerte para orientar la vida de un pueblo.

Una fórmula bien escogida es capaz de re-

mover el mundo. Sencilla, breve y violenta, impresiona mucho más que todos los razonamientos. Con la fórmula "Dios lo quiere" fué lanzada Europa sobre Oriente en la época de las Cruzadas. La fórmula "dictadura del proletariado" arruinó a Rusia. La fórmula "Alemania pagará" dió origen a despilfarros financieros cuyo peso nos aplasta.

Los reformadores sólo influyen sobre las almas a condición de estar sostenidos por fórmulas místicas llenas de esperanza.

La fuerza de las fórmulas políticas populares desaparece generalmente con su realización. Luego de haber hecho varias revoluciones, a fin de obtener el sufragio universal, los revolucionarios de diversos países—en Italia los fascistas, en Irlanda los *sinn-feiners*, los comunistas en Rusia, los sindicalistas en Francia, etc.—, lo rechazan de más en más para substituirlo con diversas formas de dictadura.

Constituir un partido político equivale, por

regla general, a dar nuevos nombres a cosas bastante viejas.

Las realidades ocultas bajo las fórmulas no tienen, con frecuencia, relación alguna con estas fórmulas. Cuando, por ejemplo, un gobierno reclama la libertad de los estrechos que conducen a Constantinopla, significa sencillamente que ese gobierno quisiera ser dueño de tales estrechos para impedir, en caso de necesidad, que los atravesaran sus rivales.

De mil hombres que repiten con entusiasmo una fórmula política por la cual están dispuestos a dar su vida, es posible que no se encuentre ninguno capaz de definir exactamente el sentido de esta fórmula.



V

LOS ERRORES DE PSICOLOGÍA EN POLÍTICA

El caos en que se debate Europa deriva tanto de una sucesión de errores psicológicos como de las perturbaciones económicas creadas por la guerra.

Como la lógica que conduce al mundo no tiene relación con la lógica libresca, sería peligroso para un país tener a su cabeza demasiados hombres exclusivamente formados por los libros.

—•—

En los tiempos modernos los errores políticos están cargados de consecuencias formidables. Los ingleses han perdido Egipto, Mesopotamia, Persia y ven amenazado su poderío

en la India por haber querido borrar de Europa a Turquía, considerada por todos los musulmanes como el centro de su fe.

No tener en cuenta acontecimientos posibles, pero improbables, es siempre imprudente. La intervención de América, la traición de Rusia, la derrota de Alemania tras numerosas victorias y otros muchos acontecimientos de la última guerra muestran, una vez más, el papel de lo improbable en la Historia.

En un Parlamento o una Asamblea deliberante cualquiera, el partido que en realidad gobierna no es el más numeroso, sino el más violento. El Parlamento francés estuvo dominado durante veinte años por una minoría socialista.

A pesar de las ilusiones socialistas, el trabajo colectivo requiere capacidades tanto más altas cuanto más colectivo sea. A esto se debe que nuestra época tenga necesidad de muchos más jefes de los que encuentra. El célebre in-

dustrial Hugo Stinnes decía a este propósito: "Si continúa esta decadencia de la individualidad, ningún progreso más será posible".

Para quitar a los socialistas sus ilusiones sobre las ventajas de la administración estatista bastaría hacer resaltar que en ciertas empresas regidas por el Estado, como las comunicaciones postales, por ejemplo, los gastos de personal representan 78 por 100 de los gastos totales de explotación. Ninguna industria, ningún comercio podrían vivir en condiciones semejantes.

En las épocas agitadas, los grandes problemas que surgen diariamente no se resuelven con soluciones simples e inmediatas. Seguir entonces la opinión simplista de las masas conduce rápidamente a grandes catástrofes.

Los impulsivos son siempre peligrosos, porque las realidades escapan al hombre que obra sin reflexionar. Los seres capaces de reflexión, pero desprovistos de voluntad, son igualmente nocivos, porque su irresolución

les paralizan ante hechos que requieren una decisión inmediata.

En política, las consecuencias de un acto tienen a veces más importancia que el acto mismo.

Se evitarán muchas catástrofes el día, probablemente lejano, en que los gobiernos posean un termómetro psicológico capaz de indicarles cuándo deben resistir y cuándo ceder. Carlos I perdió su cabeza por haber resistido demasiado, y Luis XVI por haber cedido con exceso.

Sólo una penetración psicológica superior puede prever las reacciones del alma de los pueblos bajo influencias diversas. Los alemanes no hubieran soliviantado a América ni perdido la guerra de poseer sus jefes una tal penetración.

Una de las causas más frecuentes de errores políticos es atribuir a causas únicas acon-

tecimientos nacidos de causas numerosas y complicadas.

La serie de errores psicológicos cometidos por los aliados permitió a los alemanes obtener estos dos grandes resultados: disociar la *Entente* y hacer imposible, mediante la depreciación de su moneda, el pago de la indemnización debida a los vencedores.

La verdadera fuerza de Austria residía en las aspiraciones contrarias de las diferentes razas que la integraban. Este gran imperio se fundaba en un equilibrio de odios.

Por grande que sea la inteligencia de un hombre de Estado, al llegar al Poder procura seguir la opinión móvil de las masas para hacerse popular. Y así es como, con frecuencia, pierde el Poder.

El temor a los electores, el miedo a las responsabilidades, la preocupación de la hora presente, constituyen para un hombre políti-

co moderno tres fuentes de errores a las que le es muy difícil escapar.

Las intervenciones estatistas, al perturbar el juego de las leyes naturales, están cargadas de incidentes invisibles que perturban profundamente la vida de un país. La tasa sobre el trigo durante la guerra constituye un ejemplo de ello. Los campesinos abandonaron inmediatamente su cultivo, y el gobierno tuvo que procurarse a cualquier precio, en el exterior, el trigo necesario y luego abolir la tasa.

Un gobierno débil tiene como terminación necesaria un gobierno anárquico, al que no tarda en suceder un gobierno despótico.

La imparcialidad en política es imposible, porque el hombre imparcial tendría inmediatamente en contra suya todos los partidos, incluso el suyo propio.

En el régimen democrático, los jefes casi siempre están más dispuestos a obedecer que a mandar. Y así terminan perdiendo todo su prestigio.

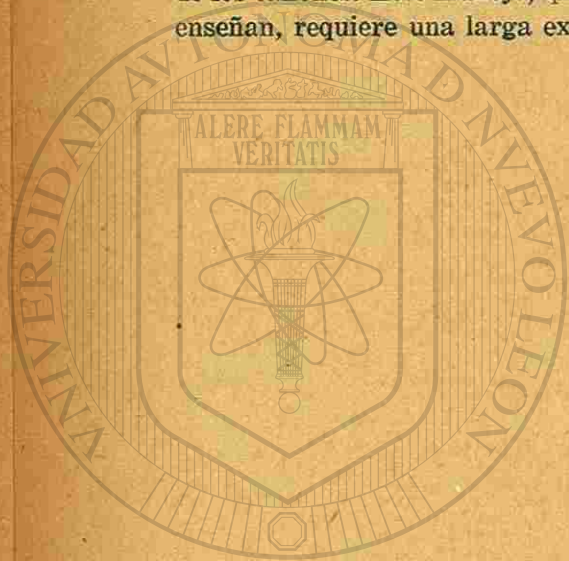
Seguir siempre la opinión móvil de las masas es resignarse a no prever nada, a no impedir nada, a no poder nada.

Los errores políticos pueden engendrar, por contagio mental, epidemias devastadoras. El contagio bolchevique ha hecho perecer más hombres que muchas batallas y hecho retroceder a Rusia a épocas salvajes de la prehistoria.

El hombre de Estado que no sabe orientar los acontecimientos no tarda en ser envuelto por ellos.

Aunque la política es seguramente el arte cuya práctica exige más juicio, es en el que menos se emplea éste.

El arsenal psicológico contiene armas que, bien manejadas, pueden superar el alcance de los cañones. Este manejo, que los libros no enseñan, requiere una larga experiencia.



CAPITULO II

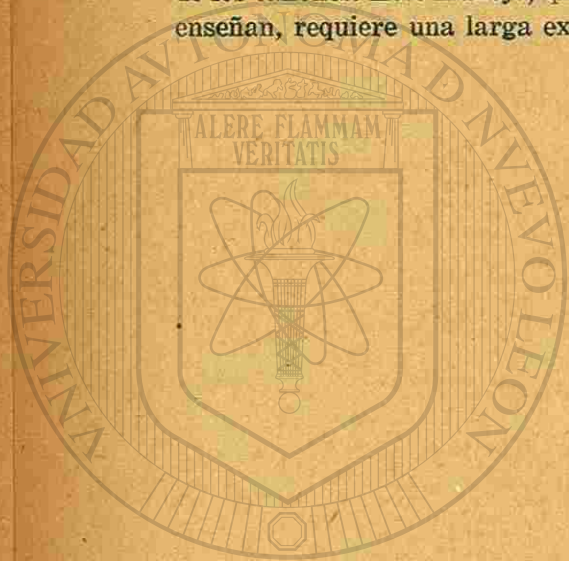
**Las guerras, las revoluciones
y el desarme.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El arsenal psicológico contiene armas que, bien manejadas, pueden superar el alcance de los cañones. Este manejo, que los libros no enseñan, requiere una larga experiencia.



CAPITULO II

**Las guerras, las revoluciones
y el desarme.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

LAS CAUSAS DE GUERRAS FUTURAS
Y EL
DESQUITE GERMÁNICO

Las guerras antiguas, originadas casi siempre por la ambición personal de los soberanos, no tenían carácter alguno de necesidad. Los conflictos modernos, resultado de luchas de intereses colectivos, son más difícilmente evitables. Alejandro y César podían no emprender sus conquistas. En nuestros días, la voluntad del emperador de Alemania hubiera, más pronto o más tarde, sido impotente para dominar las aspiraciones de un pueblo obsesionado por la necesidad mística de hegemonía.

Los aumentos de territorios obtenidos por Inglaterra demuestran hasta qué punto la

idea de agrandarse por medio de conquistas es una de las concepciones directoras de ciertos pueblos.

En la hora de la victoria es fácil al vencedor imponer su voluntad. Esta posibilidad se atenúa progresivamente, hasta el día en que no pudiendo ser aniquilada la resistencia del vencido si no es por la fuerza, se hace indispensable una nueva guerra.

Los pueblos no se resignan a la derrota cuando se creen superiores a los vencedores. Así, pues, una tentativa de desquite por parte de los alemanes puede considerarse como uno de los acontecimientos más seguros de la futura Historia.

El ideal del emperador Guillermo, según sus *Memorias*, era tener un ejército y una flota lo bastante fuertes para que nadie se atreviera a atacarlas; pero olvidaba que quien posee semejantes medios de defensa no tarda en pensar en utilizarlos para deshacerse de los rivales modestos. Lo que le condujo a la

guerra fué precisamente la noción de su fuerza.

Alemania sueña con dos formas de desquite: primero, por las armas; segundo, por la expansión comercial. El éxito de la segunda tentativa acarrearía fatalmente la realización de la primera.

El único medio—independientemente de los armamentos formidables—de evitar una futura agresión de Alemania, habría sido su vuelta a las provincias autónomas que la componían antes de 1871. Ella misma reclamaba esto después del armisticio, a fin de librarse de la dominación prusiana. Los historiadores se sorprenderán seguramente de que los autores del Tratado de Paz no comprendieran semejante evidencia.

Muchos fenómenos sociales poseen un punto crítico comparable a los de ciertos fenómenos físicos. En su vecindad, influencias insignificantes pueden determinar cambios muy grandes, la paz o la guerra, por ejem-

plo. El origen de las guerras de 1870 a 1914 confirma esta observación.



El conflicto mundial ha revelado dos principios que las guerras anteriores no permitían presentir. El primero, que el vencedor queda tan arruinado como el vencido. El segundo, que las indemnizaciones que incumben al vencido son indirectamente pagadas por los otros pueblos, incluso por aquellos que no tomaban parte en el conflicto.



El capital material de un pueblo puede ser destruído por la guerra. El capital moral constituido por la inteligencia, el poder de organización y la capacidad técnica, al ser indestructible, permite reconstruir rápidamente el capital material. De ello nos ofrece Alemania un nuevo ejemplo.



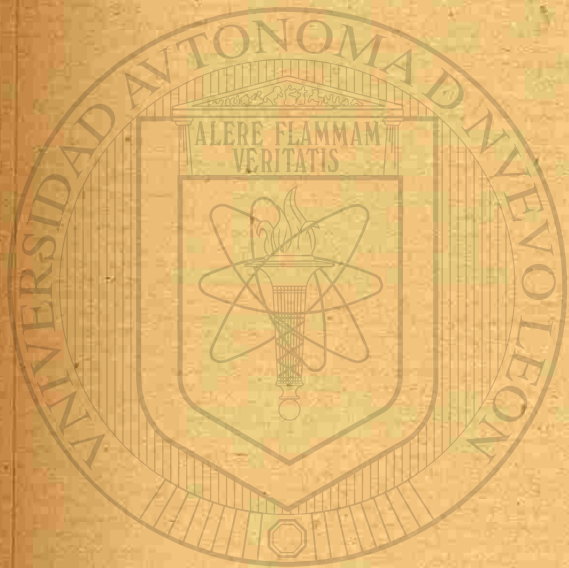
La próxima historia de Europa dependerá especialmente del interés que tengan las grandes naciones en prolongar, durante la paz, las alianzas formadas durante la guerra.



Es de toda evidencia que si tres grandes países como Francia, Inglaterra y América, se hubieran unido contra un agresor cualquiera, la paz habría quedado asegurada. Las divergencias de interés y de mentalidad de estas naciones y la recíproca desconfianza de sus gobiernos impidieron que se realizara esta alianza y los pueblos quedaron condenados a arruinarse con los armamentos.



Si la razón pudiera ejercer una influencia cualquiera sobre las relaciones entre los pueblos, no tardarían en persuadirse que su interés consiste en ayudarse, en vez de destruirse entre sí.



II

LAS LUCHAS POR LA HEGEMONÍA

Las consecuencias reales de la gran guerra difieren mucho de los resultados previstos. Ciertos pueblos se dan cuenta ahora de que luego de haber eliminado, a costa de gigantesco esfuerzos, la hegemonía militar alemana, tienen que soportar la hegemonía económica y política de Inglaterra, que no parece menos pesada.



La hegemonía inglesa no tiene hoy otro contrapeso que el poder creciente de los Estados Unidos.



Entre los diversos signos que revelan la aspiración a la hegemonía figura el lenguaje de los diplomáticos. Inglaterra se ha apodera-



do de la flota y de las colonias germánicas; luego proclamó su protectorado sobre Persia y Egipto; pero cuando los aliados quisieron defender sus derechos, el lenguaje de los dirigentes ingleses devino agresivo. Entonces comprendió el mundo que había nacido una nueva hegemonía.

El día en que la experiencia demostró que a pesar de flotas y submarinos América podía enviar a Europa un millón de hombres armados, la situación mundial de Inglaterra se encontró virtualmente transformada. La dominación de los mares y la supremacía comercial se le escaparán fatalmente en el porvenir en provecho de América.

Si Inglaterra hubiera conseguido con sus reiteradas tentativas impedir que Francia exigiera de Alemania las debidas reparaciones, habría retirado de la guerra estos dos inmensos resultados: primero, desembarazarse de la rivalidad marítima alemana; segundo, suprimir la posible rivalidad comercial de Francia, obligada a consagrar todos

sus recursos a la restauración de los departamentos devastados.

Cuando Alemania soñaba con una paz universal para el establecimiento de su hegemonía, padecía una ilusión psicológica de la cual fueron víctimas todos los grandes conquistadores. Su triunfo hubiera provocado fatalmente una serie de coaliciones que hubieran destruído su poderío, como ocurrió con el de Napoleón.

La gran rivalidad entre Inglaterra y Alemania ha terminado con la hegemonía inglesa en Europa. La lucha por la hegemonía en Asia no hace más que comenzar.

La importancia que dió al Japón la guerra y su rápida conquista del Pacífico precipitarán necesariamente el choque colosal entre las razas blanca y amarilla. Los resultados del conflicto dirán a manos de quién pasará el cetro de Asia.

Nuestros hombres de Estado rechazan toda acusación de propósitos imperialistas y juzgan esta acusación como una injuria. Sin embargo, saben que sólo las vistas imperialistas han edificado y hecho prosperar los grandes imperios de que está formada Europa.

El primer acto de la guerra mundial, la lucha militar, terminó ya. El segundo acto, la guerra económica, comienza. El tercer acto, lucha de raza amarilla contra raza blanca por la hegemonía en Asia, parece muy próximo.

Si la noción de interdependencia de los pueblos no reemplaza a la de hegemonía, Europa tendrá que sufrir guerras de exterminio que la sumirán en una decadencia sin esperanza.

III

LAS ILUSIONES SOBRE LA POSIBILIDAD DE UN DESARME

En todos las épocas de la Historia, hoy más que nunca, el respeto que inspira un pueblo depende sobre todo de su prestigio militar.

Las grandes naciones modernas están sujetas por este dilema: renunciar a sus armamentos para evitar una ruina financiera, o aumentarlos para impedir invasiones, más costosas todavía.

Un pueblo sólo se protege contra los ataques de sus rivales permaneciendo fuerte. Si las ideas pacifistas propagadas antes de la guerra por los socialistas no hubieran debi-

litado considerablemente la preparación militar de Francia, es muy probable que Alemania jamás hubiera pensado en atacarla.

Guillermo II, en sus *Memorias*, escribe un verdadero Tratado de la guerra y de la paz en dos líneas cuando dice que un pueblo debe estar lo bastante armado en tierra y en mar para crear en su adversario el miedo al riesgo. En efecto, no es corriente atacar al fuerte, mientras que los débiles están siempre amenazados.

Las guerras no podrán desaparecer si no es con la supresión de las causas que las provocan: odio de razas, necesidad de hegemonía de los pueblos fuertes, rivalidades económicas, etc. Así, pues, la ciencia tendrá que descubrir primero un medio de transformar por completo la naturaleza del hombre.

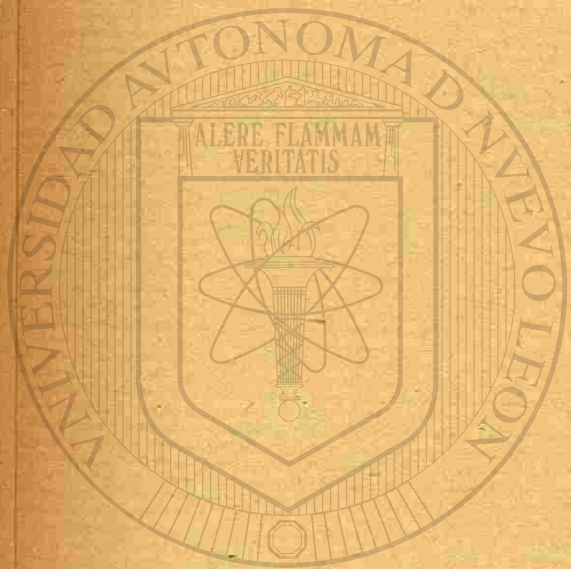
Desde los orígenes de la Historia las relaciones entre pueblos débiles y pueblos fuertes fueron exactamente las de la caza con el cazador.

La idea termina a veces por dominar al cañón; pero privada de la protección de éste, aquélla carece de fuerza.

Los filósofos, sosteniendo que la filantropía ocasionará más daños aún que las epidemias y que los cañones, tal vez tuvieran razón si las arengas de los filántropos hubieran ejercido alguna vez una influencia cualquiera en la conducta de los pueblos; pero sólo sirven para adornar discursos.

Ayudaos los unos a los otros, aconsejan inútilmente las religiones. Soportaos los unos a los otros, exigen simplemente los códigos. Ayudaos a vosotros mismos, será la máxima del porvenir, cuando los pueblos hayan descubierto la interdependencia que les liga.

En el estado de desequilibrio del mundo actual, la palabra desarme es sinónimo de servidumbre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

IV

LAS INCERTIDUMBRES SOBRE LOS ORÍGENES DE LA GUERRA

No siempre es fácil descubrir los verdaderos autores de una guerra. Fué necesario mucho tiempo, antes de saberse que en 1870 el rey de Prusia y el emperador de Francia entraron en guerra contra su voluntad.



Los orígenes de la guerra mundial son incomprendibles cuando se suponen salidos de la voluntad de tres emperadores que la ordenaron. Hay que examinarla como el resultado inevitable, no solamente de la historia de los Estados europeos desde hace un siglo, sino también de la enseñanza de los historiadores y de las Universidades germánicas desde hace cincuenta años.



Para escribir hoy la historia de la gran guerra y de sus causas no son documentos lo que faltan, sino la serenidad de juicio que permite estudiarla como si se tratara de acontecimientos antiguos, como las guerras púnicas o la batalla de Actium.

Es probable que el emperador de Alemania no hubiese declarado la guerra en 1914 si Inglaterra hubiera manifestado antes su intención de unirse a Francia; pero dado el estado de espíritu creado por los militares y los universitarios alemanes, no es arriesgado suponer que el conflicto hubiera sido simplemente retardado.

Las guerras francoalemanas sólo son inteligibles consideradas como fases sucesivas de un conflicto secular cuyo fin todavía no se ve.

Cuando se buscan los orígenes lejanos de la última guerra aparece en seguida que una lucha armada entre la hegemonía alemana y la inglesa era tan fatal como lo fué en otro tiempo entre Roma y Cartago.

V

LAS CAUSAS DE LAS REVOLUCIONES

Los pueblos viven sobre todo de esperanzas. Sus revoluciones tienen por objeto substituir con esperanzas nuevas las antiguas que perdieron su fuerza.

Un país está abocado a las revoluciones desde el momento en que los partidos que tienen interés en defender el orden establecido devienen menos enérgicos que los que aspiran a destruirlo.

El principal resultado de las revoluciones que trastornan a la Historia es cambiar los jefes que encarnan el principio de autoridad. Las multitudes se aprovechan raramente de esta substitución.

Para escribir hoy la historia de la gran guerra y de sus causas no son documentos lo que faltan, sino la serenidad de juicio que permite estudiarla como si se tratara de acontecimientos antiguos, como las guerras púnicas o la batalla de Actium.

Es probable que el emperador de Alemania no hubiese declarado la guerra en 1914 si Inglaterra hubiera manifestado antes su intención de unirse a Francia; pero dado el estado de espíritu creado por los militares y los universitarios alemanes, no es arriesgado suponer que el conflicto hubiera sido simplemente retardado.

Las guerras francoalemanas sólo son inteligibles consideradas como fases sucesivas de un conflicto secular cuyo fin todavía no se ve.

Cuando se buscan los orígenes lejanos de la última guerra aparece en seguida que una lucha armada entre la hegemonía alemana y la inglesa era tan fatal como lo fué en otro tiempo entre Roma y Cartago.

V

LAS CAUSAS DE LAS REVOLUCIONES

Los pueblos viven sobre todo de esperanzas. Sus revoluciones tienen por objeto substituir con esperanzas nuevas las antiguas que perdieron su fuerza.

Un país está abocado a las revoluciones desde el momento en que los partidos que tienen interés en defender el orden establecido devienen menos enérgicos que los que aspiran a destruirlo.

El principal resultado de las revoluciones que trastornan a la Historia es cambiar los jefes que encarnan el principio de autoridad. Las multitudes se aprovechan raramente de esta substitución.

Cuando las necesidades económicas son contrarias a los impulsos afectivos y místicos que conducen los hombres, se hace inevitable una revolución.

La envidia y su inseparable compañero el odio forman los grandes resortes de las revoluciones sociales. La revolución francesa tuvo por causa inicial las diferencias exteriores y los privilegios que separaban a la burguesía y a la nobleza. La revolución social de que estamos amenazados contará entre sus orígenes las distinciones existentes, no en los códigos, sino en las costumbres entre las diversas clases.

Cuando el odio reemplaza en el inferior el respeto al superior está próxima una revolución.

El bolcheviquismo representa un estado mental que no es nuevo en la Historia. Sus elementos psicológicos siempre fueron los mismos: indisciplina, odio y envidia a las superioridades, deseo intenso de apoderarse por la violencia de los bienes que se es incapaz

de adquirir por el trabajo o por la inteligencia.

Las civilizaciones modernas arrastran tras sí una multitud creciente de inadaptados que sueñan con destruirlas, a fin de imponerles formas de vida social menos complicadas, como el comunismo.

El ejército de inadaptados deviene hoy tan amenazante como las futuras invasiones germánicas.

Uno de los grandes problemas modernos consiste en saber si bolcheviques sin cultura—o, lo que es más peligroso todavía, poseedores de una cultura media—conseguirán a hacer retroceder nuestras grandes civilizaciones hasta tipos inferiores, próximos a la barbarie.

La mentalidad de un pueblo al determinar rigurosamente sus instituciones y sus leyes, ciertas naciones, como Irlanda en Europa y

las repúblicas latinas en América, parecen condenadas por su alma misma a no salir jamás de las revoluciones y de la anarquía.

La revolución francesa, hecha por la burguesía contra la nobleza, triunfó porque las capacidades de esta burguesía habíanse hecho superiores a las de la nobleza. En nuestros días, una revolución proletaria podría triunfar momentáneamente gracias a la fuerza del número; pero no podría durar, porque la evolución industrial exige competencias directoras que el obrero no posee.

Un partido revolucionario dotado de prestigio atrae fácilmente a los descontentos de todos los demás partidos. Los bolcheviques reclutaron adeptos en Persia y en Turquía, a pesar de que el islamismo y el comunismo no tienen ningún carácter común.

VI

LOS RESULTADOS DE LAS REVOLUCIONES

La primera fase de una revolución está consagrada a combatir las necesidades económicas y sociales que rigen la vida de los pueblos. Como la experiencia no tarda en demostrar que estas necesidades dominan a las voluntades, la antigua organización reaparece con hombres nuevos. Así terminará necesariamente la revolución rusa.

Los soñadores no tienen ningún poder creador, pero poseen a veces una potencia destructiva considerable. Bajo su acción disolvente las instituciones penosamente edificadas con el tiempo se disgregan con una extrema rapidez. Algunos meses bastaron a los comunistas rusos para hacer retroceder su país a la barbarie.

La imaginación creadora prepara la invención. El laboratorio fija los contornos. La fábrica la transforma en elementos de progreso que utilizan todos los hombres. La matanza de intelectuales llevada a cabo por los comunistas rusos demuestra hasta qué punto ignoran las multitudes esta génesis de los descubrimientos de que ella se aprovecha. El bolcheviquismo ha revelado el grado de miseria en que puede caer el obrero privado del pensamiento capaz de orientar sus esfuerzos.

Por equitativo que pueda ser un ideal revolucionario, sólo triunfa a costa de guerras encarnizadas. Veinte años de luchas mortales fueron necesarios para establecer en Europa el principio de igualdad ante la ley y suprimir el privilegio en ciertas clases.

Un gobierno revolucionario sólo subsiste a condición de caer bajo el despotismo de unos cuantos agitadores.

Las revoluciones no duran nunca mucho tiempo, porque no tardan en encontrarse ante

el muro de las necesidades económicas y sociales que dominan el mundo. Dándose cuenta entonces de la impotencia de los teóricos, las masas se alejan de ellos; pero antes de llegar a esta última fase se acumulan ruinas sin cuento. Rusia experimenta hoy esta verdad.

Las revoluciones enriquecen a alguno de los jefes que la sobreviven; pero aumentan invariablemente la miseria de las masas que la realizan. Como esta verdad es inaccesible para las multitudes, los agitadores revolucionarios podrán continuar durante mucho tiempo trastornando al mundo.

La historia de las asambleas revolucionarias de todos los tiempos muestra que los fanáticos todavía no han descubierto otro método de persuasión que la matanza sistemática de los adversarios.

No es a la libertad, sino a la servidumbre, a lo que aspiran sin saberlo muchos revolucionarios modernos. Estos sólo conciben la li-

bertad bajo forma de sumisión a un amo cuyas palabras más insignificantes son oráculos. Todas las revoluciones modernas terminan con la creación de un autócrata.

La sed de desigualdad parece una necesidad irreductible de la naturaleza humana. Sabido es con qué insistencia los convencionales que escaparon a la guillotina solicitaban de Napoleón títulos nobiliarios. El sueño humanitario que les había llevado a tantas matanzas no era, en realidad, más que un violento deseo de desigualdad en provecho suyo. Por lo demás, la Historia todavía no ha registrado ningún país en el que reinara la igualdad.

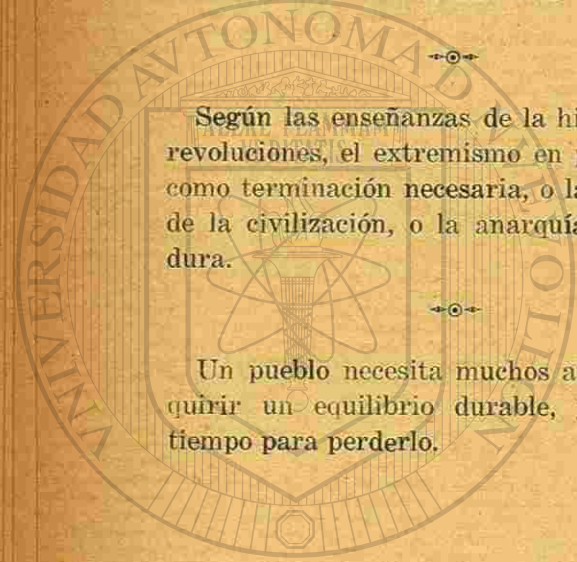
Jamás barón feudal manifestó por los siervos un desprecio igual al que testimonian al pueblo los jefes de los nuevos partidos revolucionarios, especialmente el comunismo ruso. Apenas llegados al poder los dictadores bolcheviques, la libertad de Prensa, la jornada de ocho horas, el sufragio universal fueron suprimidos y el obrero devino un simple esclavo.

No se encuentra ejemplo alguno en la Historia de revoluciones que no hayan terminado por engendrar resultados absolutamente contrarios a los que perseguían sus autores.

La revolución bolchevique es una de las que mejor muestra hasta qué punto los fines alcanzados por la revolución pueden diferir de los que se perseguía. Triunfó prometiendo la paz y no tardó en encontrarse en guerra con todos sus vecinos. Quería suprimir el militarismo, y lo que hizo fué establecer un régimen militar más duro que todos los anteriores. Pretendía abolir el derecho de propiedad, y sólo consiguió crear la propiedad individual en un país que sólo había conocido la propiedad colectiva.

Dado el número inmenso de campesinos rusos devenidos propietarios y poseyendo, a partir de este momento, la mentalidad particular que determina la propiedad, se puede afirmar que Rusia será pronto el país del mundo en el que menos socialistas habrá.

No es de una revolución, sino de una transformación profunda de las ideas, de donde resultan las reformas durables.



Según las enseñanzas de la historia de las revoluciones, el extremismo en política tiene como terminación necesaria, o la destrucción de la civilización, o la anarquía y la dictadura.

Un pueblo necesita muchos años para adquirir un equilibrio durable, y muy poco tiempo para perderlo.

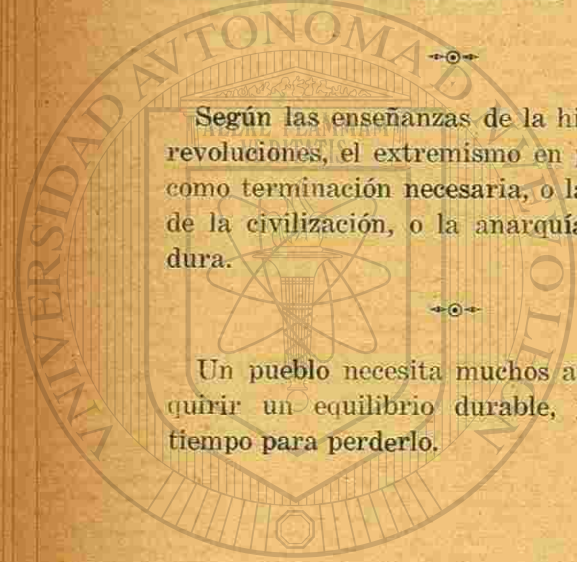
CAPITULO III

Las relaciones internacionales y las alianzas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No es de una revolución, sino de una transformación profunda de las ideas, de donde resultan las reformas durables.



Según las enseñanzas de la historia de las revoluciones, el extremismo en política tiene como terminación necesaria, o la destrucción de la civilización, o la anarquía y la dictadura.

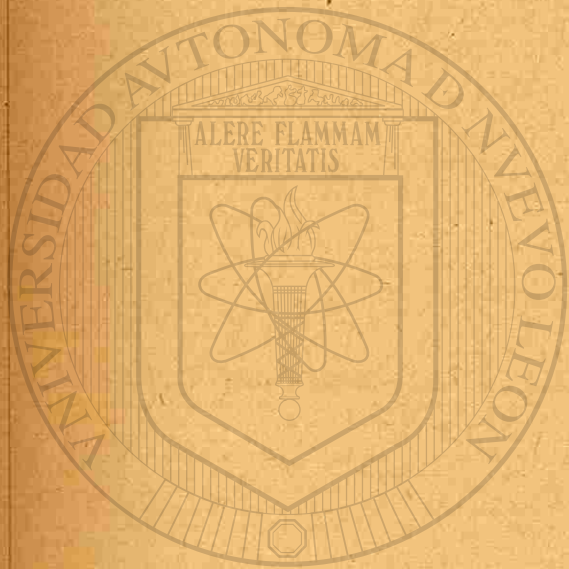
Un pueblo necesita muchos años para adquirir un equilibrio durable, y muy poco tiempo para perderlo.

CAPITULO III

Las relaciones internacionales y las alianzas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

I

LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Cuando la solidaridad de los pueblos debería ser la ley de los tiempos modernos, un odio intenso se cierne sobre el universo. Odio entre naciones, entre clases diversas de una misma nación; odio entre partidos políticos de cada clase. La interdependencia de los pueblos es una necesidad que acaso acabe por solidarizarlos; pero su influencia es actualmente nula.



El odio entre pueblos y la desconfianza entre gobiernos han devenido los grandes resortes psicológicos de la política actual. Se pudo juzgar de la intensidad de estos sentimientos cuando se vió a América e Inglaterra renunciar a la paz futura que su promesa de intervención en caso de ataque de Alemania hubiera asegurado.



Si en sus relaciones se condujeran los individuos con la misma mala fe y desconfianza que los pueblos entre ellos, ninguna sociedad podría durar.

La unión entre ciudadanos en el interior y entre aliados en el exterior está reconocida como la única base posible de una paz durable. Los odios crecientes de pueblo a pueblo y de una clase a otra en un mismo país prueban, desgraciadamente, que intereses evidentes, pero lejanos, pierden toda su fuerza ante los impulsos pasionales del momento.

La amistad entre individuos puede subsistir a pesar de la diferencia de intereses. Entre pueblos, la amistad no representa más que una comunidad de intereses que no pueden sobrevivir a sus divergencias. Este principio de psicología colectiva condiciona la unión posible de una alianza.

El mundo oscila hoy entre el nacionalismo imperialista y el internacionalismo. El nacionalismo implica, con la solidaridad social,

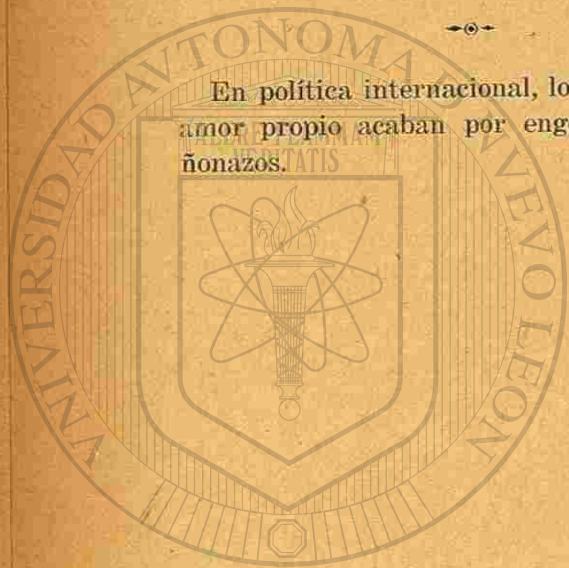
el culto de la patria. El internacionalismo, al reemplazar la solidaridad por la lucha de clases, haría a un pueblo tan impotente para protegerse contra las guerras civiles como contra las invasiones.

El nacionalismo, único que da a los pueblos su cohesión, tiene probabilidades de duración, porque constituye un sentimiento natural. Por la misma fuerza de este sentimiento le hace degenerar con frecuencia en imperialismo agresivo y entonces substituye las guerras exteriores por guerras interiores.

Por intenso que sea el odio entre pueblos, jamás es tan vivo como entre los partidos políticos de un mismo pueblo.

El mundo cambiará de faz y se transformarán profundamente las relaciones entre los diversos países cuando los políticos que dirigen los destinos hayan descubierto que el interés de una nación no se basa en el daño causado a otra. Entonces renunciarán a la

necesidad de hegemonía que continúa cegando el espíritu de los gobernantes.



En política internacional, los pinchazos de amor propio acaban por engendrar los cañonazos.

II

LAS FUERZAS ECONÓMICAS

Ya no es la voluntad de los dioses la que determina en los tiempos modernos el destino de las naciones, sino las leyes económicas.

Si una conmoción geológica hubiera destruido hace un siglo todas las minas de carbón y de petróleo del universo, este acontecimiento no hubiera acarreado ninguna consecuencia importante. Si se produjera hoy, los ferrocarriles y las fábricas dejarían de funcionar inmediatamente y se produciría la regresión de nuestras civilizaciones. Un abismo separa al mundo actual de su estado anterior.

Los discursos, las conferencias, las mismas leyes son impotentes para combatir las ne-

cesidades económicas que dominan al mundo. Hay que adaptarse o perecer.



Las verdades científicas se establecen fácilmente, porque se dirigen a la inteligencia. Las verdades económicas chocan con sentimientos e ilusiones sociales y sólo se imponen las desastrosas experiencias. La ruina de Rusia es el ejemplo más reciente.



En las cuestiones económicas y sociales, los intereses determinan la opinión y las instituciones que se derivan. Los ingleses serán librecambistas y los americanos proteccionistas mientras encuentren alguna ventaja en mantener sus doctrinas.



En una guerra prolongada viene un momento en que vencido y vencedor quedan igualmente arruinados, pues las indemnizaciones que se pueden exigir al vencido jamás compensan las pérdidas sufridas por el vencedor.



Se ha observado que los países de cambio elevado son los que más sufren el paro obrero. El cambio, en efecto, tiene para los compradores las mismas consecuencias que una elevación considerable del precio de las mercancías. Como entonces estas mercancías devienen casi invendibles, se produce el cierre de fábricas y el paro.



Un pueblo que vive de empréstitos extranjeros cae fatalmente bajo la dependencia del acreedor, que se ve obligado a vigilar las garantías de su préstamo. Una nación lo bastante rica para prestar mucho a una nación pobre acabaría por dominarla más estrechamente que mediante una conquista militar.



La riqueza de un país no consiste en los billetes sin garantía que puede emitir sin limitación, sino en la industria y agricultura. Como Alemania no perdió sus campos ni sus fábricas, ha quedado tan rica casi como antes de la guerra, no obstante la pérdida, poco menos que total, de su moneda.



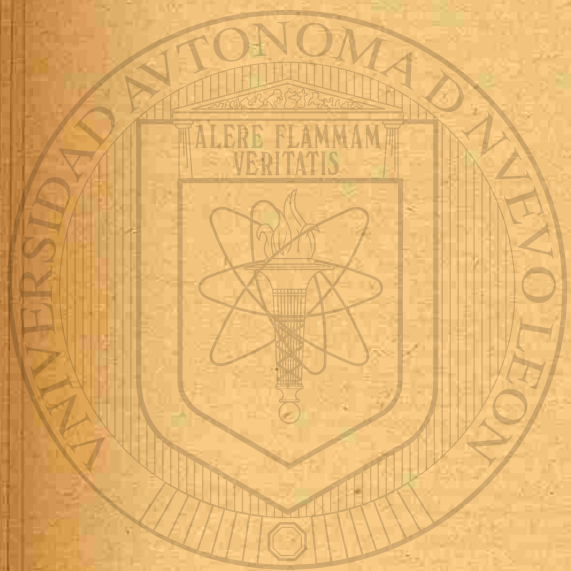
Los problemas financieros actuales sólo tendrán solución posible estudiados en función del tiempo. Con el concurso de éste, la deuda más colosal deviene todo lo pequeña que se desee. Y, al contrario, la suma más mínima puede devenir considerable. Sólo las colectividades son capaces de realizar combinaciones basadas en la potencia del tiempo, porque su vida es ilimitada.

El cambio sólo representa el grado de confianza del mundo en el crédito de un Estado. No se estabiliza el cambio, como no se estabiliza un barómetro o cualquier otro instrumento de medida. Las oscilaciones del cambio revelan sobre todo las oscilaciones de la confianza.

Una huelga para obtener el aumento de salarios no representa, en realidad, la lucha entre obreros y patronos; sino entre los obreros y el público. Siempre es éste el que paga la elevación del precio determinado por el éxito de una huelga. Y si el público simpatiza generalmente con los huelguistas es porque las colectividades son incapaces de compren-

der las consecuencias, un poco lejanas, de los fenómenos.

Las energías invisibles que conducen el mundo son comparables a la electricidad, fuerza de la naturaleza ignorada, sólo conocida por los resultados visibles que produce.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

LOS TRATADOS DE PAZ Y LOS CONGRESOS POLÍTICOS

La idea de que las colectividades pueden descubrir la solución de problemas que han escapado a individuales competentes habría sido reconocida errónea hace tiempo si las determinaciones colectivas no representaran con frecuencia la decisión de una personalidad lo bastante fuerte para imponerse. La resolución supuesta colectiva no es entonces, en realidad, más que una decisión personal.

Existe poca relación entre los principios formulados por los hombres de Estado en los Congresos y los que guían su conducta. Durante las conferencias de la paz, el alma de los diplomáticos ingleses estaba dominada por tres principios inconfesados: primero,

aumentar las posesiones británicas; segundo, impedir que Francia deviniera demasiado fuerte; tercero, que Alemania quedara lo bastante fuerte para equilibrarse con Francia.

Habría que suponer mucha candidez en los dirigentes británicos para admitir que esperaran remediar la situación económica de Europa organizando conferencias. Así, pues, la finalidad perseguida era distinta de la proclamada.

La mayoría de los Congresos que registra la Historia han hecho surgir causas de guerra y no han evitado ninguna.

La sola utilidad posible de un Congreso a los ojos de los hombres políticos lo bastante influyentes para imponer su voluntad, es de reforzar con la autoridad del número las decisiones personales que quieren hacer aceptar.

Si la redacción del Tratado de paz hubiera sido sometido a la opinión pública y no discu-

tida en secreto, toda la sutilidad de algunos diplomáticos no hubiera hecho jamás admitir que la cifra para las reparaciones destinada a Francia sería fijada por una Comisión compuesta en su mayoría por representantes de países que no tenían ningún interés en estas reparaciones.

Las consecuencias del Tratado de paz que puso término a la gran guerra muestran hasta qué punto fué completa la ceguera de sus autores al expulsar a Turquía de Europa y cortar Austria en pequeños Estados sin recursos económicos que pudieran substraerles de la miseria y de la anarquía. Es evidente hoy que, en interés de Europa, la unidad de Austria debía ser cuidadosamente conservada y Alemania vuelta a Estados separados, como estaba antes de caer bajo la dominación prusiana.

La redacción del Tratado de Versalles no tropezó únicamente con la contradicción de los intereses presentes, sino también con el deseo de ceder a ciertas exigencias, en razón del agradecimiento que se debía a Inglaterra y América. Venidas, según se creía, en soco-

ro de Francia para salvaguardar el derecho y la justicia, estos Estados reconocen hoy que entraron en la lucha únicamente para defender sus intereses amenazados.

Las conferencias alcanzan frecuentemente una finalidad contraria a la que se proponía. La Conferencia de Ginebra no hizo sino consolidar la situación de los soviets y favorecer la aproximación, tan contraria a los intereses franceses, de Rusia y de Alemania.

Cuando los diplomáticos se reúnen para resolver una cuestión sobre la que están seguros de no ponerse de acuerdo, la discusión recae inmediatamente sobre detalles secundarios, a fin de evitar el tema principal. Así es como en Wáshington la cuestión del libre establecimiento de los japoneses en los Estados Unidos, que preocupaba a todos los espíritus, ni siquiera fué rozada.

IV

LOS TRATADOS DE ALIANZA Y SU VALOR

Es imposible prever adónde conducirá una alianza, y por ello sin duda es por lo que ciertos grandes pueblos vacilan en contratarlas actualmente. No han olvidado que la alianza de Francia con Rusia provocó una guerra ruinoso, y que la traición de la aliada por la cual Francia entró en lucha con Alemania estuvo a punto de hacernos perder la guerra.

Cuando se estudien los orígenes de la gran guerra habrá que remontarse muy lejos para determinar la génesis de los sentimientos que animaban entonces a los diversos países. Si, por ejemplo, Rusia se separó de Alemania para ir hacia Francia, fué sobre todo porque Bismarck, después del conflicto rusoturco, impidió a los rusos que tomaran Constantino-

pla. El emperador Guillermo recuerda esto en sus *Memorias*, cuando dice que en 1914 "el desquite por Sedán se unió al de San Stephano".

Un aliado demasiado poderoso es a veces tan temible como un enemigo declarado. La alianza de un pueblo débil con un pueblo fuerte no constituye generalmente para el pueblo débil sino una forma atenuada de servidumbre.

La alianza de varios pueblos durante una guerra es generalmente muy estable, porque entonces sus intereses son idénticos. La unión durante la paz se debilita, por el contrario, rápidamente, porque los intereses en presencia no tardan en ser divergentes.

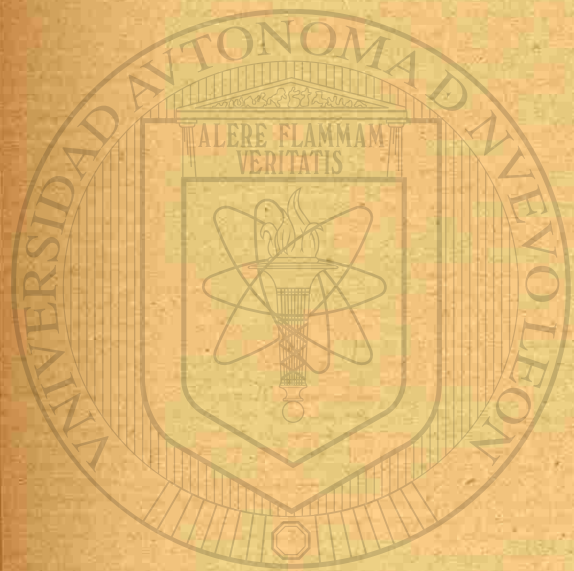
Los tratados de alianza o de paz perpetua jamás pueden ser de entera buena fe. Los políticos que los firman conocen demasiado bien la Historia para ignorar que un pacto entre potencias ligadas por intereses comunes se rompe cuando desaparece la comunidad de intereses que lo hizo nacer.

Entre las dificultades que acompañaron a la redacción del Tratado de Paz figura la obligación en que se encontraban nuestros gobernantes de escoger entre un aislamiento lleno de futuros peligros y una alianza fértil en dificultades, pero que parecía necesaria. No es seguro que la solución escogida fuera la mejor.

Un acuerdo sin escrito vale más que escrito sin acuerdo. Sin embargo, no hay que olvidar que fué sobre todo la ausencia de un acuerdo escrito entre Francia e Inglaterra lo que hizo suponer a Alemania la neutralidad británica y le decidió a declarar la guerra.

Los tratados de alianza llenos de reticencias son más peligrosos que útiles, por la falsa seguridad que inspiran.

Cuando, luego de haber sido un lazo que une, se convierten las alianzas en una cadena que ata, su anulación no está lejana.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

V

LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES

El Palacio de la Sociedad de las Naciones en Ginebra es para los psicólogos un palacio de ilusiones; pero estas ilusiones están envueltas en esperanzas lo bastante fuertes para ocultar su mediocridad. Los pueblos se imaginan que ese arcópagos de cuerdos ancianos descubrirá el medio de librar al mundo del infierno de ruinas y de desolación a que conducen las guerras modernas.

Los juristas virtuosos, pero limitados, que en las conferencias de La Haya pretendían proscribir el uso de ciertas armas, no suponían la superioridad militar que atribuían de esta manera a los países que desdénarían estas prescripciones sobre los que las hubiesen respetado.



Los sueños humanitarios, especialmente el principio de las nacionalidades, han contribuido a sumir el globo en un estado de anarquía cuyo término nadie puede prever.

La Sociedad de las Naciones será un absurdo psicológico hasta el día en que posea una fuerza moral o material suficiente para transformarse en el superestado cuyas decisiones serían tan universalmente respetadas como las de los Papas en la Edad Media.

Todos los proyectos de arbitraje internacional por una Sociedad de Naciones serán ilusorios siempre que se trate de conciliar intereses francamente opuestos. ¿Existía un arbitraje posible entre Roma y Cartago en la época de las guerras púnicas, o entre Inglaterra y Francia cuando se disputaban el dominio de la India? Ningún arbitraje es posible entre el Japón, que busca a verter en los Estados Unidos el excedente de su población y la gran República, que rechaza la invasión de la raza amarilla. Tales intereses, al ser tan diferentes como el del ratón y el gato, la

guerra constituye el único arbitraje cuyas decisiones son respetadas.



La lucha reciente entre turcos y griegos demuestra una vez más que ciertas cuestiones sólo pueden ser resueltas por el cañón.

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO IV

El derecho y la moral.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

LAS COSTUMBRES Y LAS LEYES

El rey, la ley y la opinión representan los diversos principios de gobierno. Los reyes han perdido su prestigio y carecen de fuerza. La opinión es demasiado movible para dar estabilidad a un pueblo. Sólo la ley puede crear hoy la estabilidad. Cuando deja de ser respetada comienza la anarquía.



Negarse a obedecer a un jefe, a una ley, a una creencia, en una palabra, a una obligación, es condenarse a tener por guías impulsos instintivos y volver, como consecuencia, al estado de barbarie del que tantos siglos necesitaron los pueblos para salir.



La vida social y la vida científica constituyen dos fases de la civilización regidas por principios muy diferentes. En la vida social, el respeto del principio de autoridad—autoridad del jefe, de la ley, de las costumbres—es una condición fundamental de existencia. En la vida científica, el desdén absoluto del principio de autoridad representa, por el contrario, la condición necesaria del progreso. Cuando el principio de autoridad se introduce en una ciencia, se detiene el desarrollo de ésta.

Promulgar leyes que violen los intereses generales y las costumbres, y que, por lo tanto, no pueden ser observadas, es socavar en las almas el respeto a los códigos, base esencial de las grandes civilizaciones.

Pretender combatir con leyes las necesidades económicas que conducen el mundo es un peligroso error. Las leyes restrictivas acumuladas desde algunos años para obedecer a las exigencias de teorizantes simplistas sólo han conseguido paralizar la vida industrial, agrícola y económica de muchos pueblos.

Las luchas del porvenir entre las diversas clases de un mismo pueblo no se harán siempre, probablemente, a mano armada. Se traducirán, sobre todo, como en la Grecia antigua, por leyes sociales que provocarán la ruina social de los más débiles.

Las leyes represivas devienen preventivas desde el momento en que se aplican con rigor. El temor al castigo es entonces más eficaz que su aplicación. El desconocimiento de este principio psicológico contribuyó mucho al aumento de la criminalidad en diversos países.

Los efectos de una ley dependen siempre de la mentalidad de los hombres que han de regir. Los juristas repiten que las leyes no son nada sin las costumbres, pero desde el momento en que se ponen a discutir olvidan esta máxima.

Las leyes sociales que representan estreñimientos artificiales no tardan en perder su fuerza. Las leyes económicas que resultan de las necesidades naturales se imponen, por el

contrario, siempre, pese a los constantes esfuerzos intentados para violarlas.

Uno de los errores democráticos más frecuentes es creer que las leyes pueden crear costumbres. En realidad, las costumbres acaban por engendrar leyes, pero las leyes raramente crean costumbres.

Entre los miles de hombres que aspiran a establecer el reino del derecho y de la justicia, pocos serían capaces de definir el derecho y la justicia.

II

EL DERECHO Y LA FUERZA

La fuerza no priva sobre el derecho, pero el derecho se demuestra por la fuerza.

El derecho sin fuerza es como las fortalezas pintadas en las decoraciones de un teatro. Incapaces de resistir al menor choque, sólo conservan su aspecto imponente a condición de que no se las toque.

Una fuerza cualquiera sólo puede ser anulada por otra que, por lo menos, le sea igual. Asegurar que el derecho domina a la fuerza sería absurdo si no se sobreentendiera que el derecho llega a suscitar fuerzas superiores.

res a las potencias materiales que debe vencer.



Se puede murmurar de la fuerza y asegurar que no puede vencer al derecho, pero en política nada la reemplaza. Algunas semanas antes de la rápida victoria de Kemal, el primer ministro inglés desdeñó recibir al enviado de aquél. Al día siguiente de la victoria, el mismo ministro trataba sobre un pie de igualdad con Turquía, tan despreciada la víspera, y le entregaba provincias en las que había flotado el pabellón británico.



El derecho y la fuerza adquieren un gran poder asociados. La fuerza sola no engendra éxito durable, y de ello han hecho la experiencia los alemanes.



La fuerza siempre ha dominado al mundo, pero no fueron las mismas fuerzas las que predominaron en las diversas épocas de la Historia. Las fuerzas económicas tienden a devenir tan soberanas del mundo actual co-

mo lo fueron en otro tiempo las fuerzas religiosas.

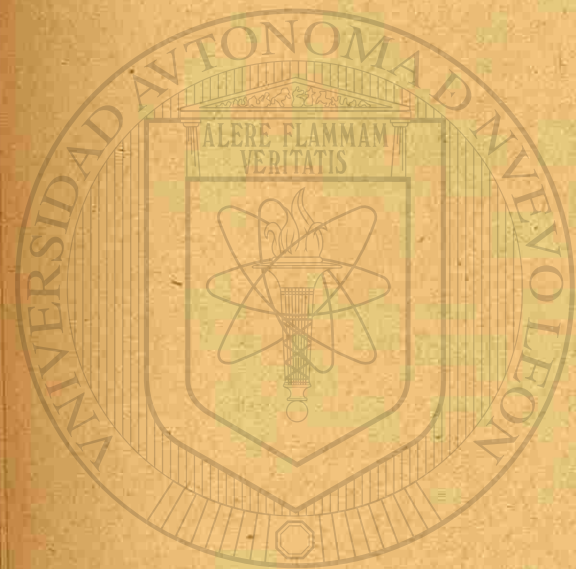


Donde impera la desigualdad, impera la injusticia. No siendo posible impedir la desigualdad, ley irreductible de la Naturaleza, hay que resignarse a soportar la injusticia.



Es difícil reprochar a los alemanes su persistencia en proclamar la superioridad de la fuerza. Vencidos por los ejércitos que puso en pie su necesidad de hegemonía, ven ahora a qué estado miserable puede conducir a un pueblo la falta de fuerza.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

LAS FUERZAS MORALES

No existe ejemplo de pueblos que hayan llegado a la civilización sin disciplina, sin respeto a las leyes y sin moral.



Un pueblo sólo sale de la barbarie por la adquisición de una moral muy estable. Cuando la pierde cae de nuevo en la barbarie.



La guerra ha demostrado una vez más que la fuerza de una nación reside mucho más en su fuerza moral que en su cultura intelectual.



La lucha mundial fué tal vez la primera en

el curso de la Historia en la que el éxito final dependió tanto de la resistencia de los soldados como de la capacidad de los generales. Ludendorff, en sus *Memorias*, reconoce que la guerra le pareció perdida cuando vio flaquear la moral de sus ejércitos.

Los lazos morales pueden llegar a ser tan fuertes como los materiales. En la trirreme que le conducía a Cartago, en donde se sabía condenado a morir, el cónsul Regulus estaba atado por su palabra más seguramente que con cadenas. Roma dominó al mundo mientras poseyó hombres semejantes.

Las leyes científicas conservan su invariabilidad a través del tiempo en los pueblos más diversos. La moral, por el contrario, cambia según las necesidades de cada época. Si, como lo hacía observar Pascal, lo que se llama vicio y virtud varía con los climas, es que el vicio y la virtud, siendo la expresión de las necesidades sociales de una época, se transforman fatalmente cuando estas necesidades evolucionan. Es, pues, natural que en

materia social "la verdad en esta parte de los Pirineos sea un error en la otra".

La característica de las naturalezas primitivas es ceder fácilmente a sus impulsos. Hace falta una larga educación ancestral para habituar al cerebro a dominar los impulsos de los sentidos y a adquirir así ese *self control* que los ingleses consideran como una de las cualidades más importantes del carácter.

El hombre verdaderamente moral no tiene necesidad de discutir su moral antes de obrar.

Una moral discutida carece casi siempre de fuerza.

Los cañones son armas inútiles si no están sostenidos por la fuerza moral de los combatientes.

Un pueblo que haya perdido su armadura moral está muy próximo a haberlo perdido todo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

LAS FUERZAS DE LA MORAL

La moral que sirve de guía en la vida tiene orígenes muy distintos a la que enseñan los libros.



La disciplina externa, momentáneamente impuesta por una fuerza material, desaparece con esta fuerza. Una disciplina interna, fundada en el hábito, se mantiene, por el contrario, sin necesidad de una ley o de un amo.



Si la religión tuviera mucha influencia sobre la moral, los pueblos más religiosos serían los más morales. Pues bien, si todo el mundo elogia la religiosidad de los rusos, por ejemplo, nadie elogia gran cosa su moralidad.



Una moral que tema el infierno y viva de la esperanza de un paraíso no es más que una forma un poco inferior de la moral utilitaria. Los teólogos debieron haber observado esto hace tiempo.

La virtud que sólo descansa sobre el temor al infierno y la esperanza del paraíso carece por completo de mérito. Los solitarios de *Port-Royal*, obsesionados por el terror de la condenación, seguían móviles egoístas que no merecían consideración alguna.

Las disciplinas puramente racionales que se pretende generalizar hoy serán siempre incapaces de dominar los impulsos instintivos.

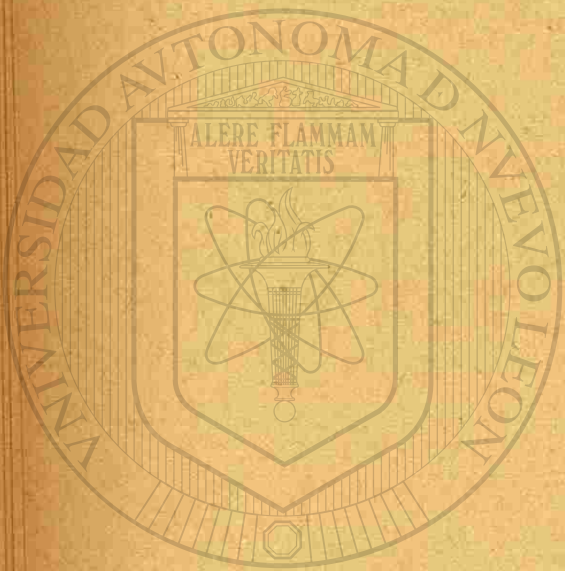
¿Cuáles son las bases posibles de la moral? ¿El miedo a los dioses? Sus castigos están lejanos y no son temidos hoy. ¿El temor a las leyes? Se eluden con facilidad. La razón sólo algunos profesores le atribuyen semejante papel. La sola moral eficaz es la moral inconsciente creada por los hábitos. Estos hábitos se desarrollan en la escuela y luego en el

cuartel, con una disciplina severamente impuesta primero y luego practicada sin esfuerzo, gracias al mecanismo de la repetición.

Las Universidades que desde Kant pretenden edificar la moral sobre una base a la vez racional y mística, en vez de fundarla sobre hábitos sólidos de la educación sólo dan una enseñanza totalmente desprovista de eficacia.

La moral individual tiene como poderoso sostén la moral colectiva. En las manifestaciones de su vida diaria, los hombres piensan y obran generalmente como los otros miembros del grupo profesional político o social a que pertenecen. Sus actos individuales están regidos entonces por influencias colectivas.

El problema de la organización—industrial o social—representa sobre todo una cuestión de disciplina moral y escapa a la acción de las instituciones y de las leyes.

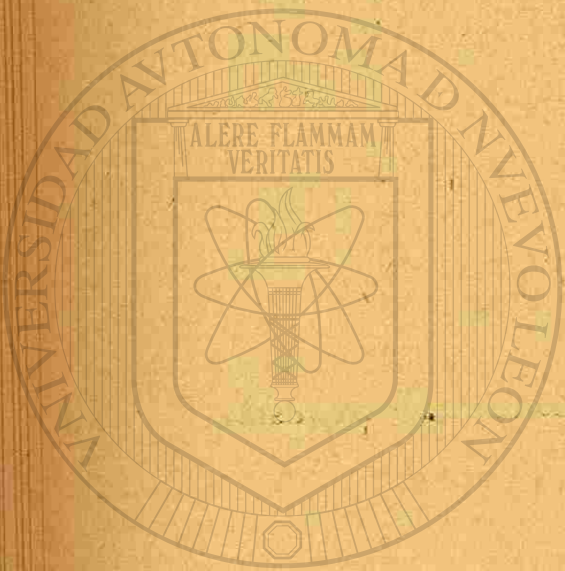


CAPITULO V

Las formas modernas del despotismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

EL EXTREMISMO

El extremismo observado en todos los partidos revolucionarios es un estado mental en el que el hombre, dominado por una idea fija, deviene incapaz de columbrar las realidades y sus consecuencias.



Los extremistas de todas las opiniones poseen, no obstante la divergencia de los fines perseguidos, caracteres idénticos. El extremista sincero es un místico violento y limitado.



El extremista que poseyera algo de juicio y clarividencia cesaría inmediatamente de ser extremista.



El convencional, ferviente proveedor de la guillotina, que se declaraba dispuesto a transformar su país en cementerio para imponer sus creencias, traducía la mentalidad de los extremistas de todas las edades. Los apóstoles del sindicalismo, del comunismo y del socialismo sueñan con las mismas matanzas.

La sugestión y el contagio mental conducen una multitud al extremismo; pero este extremismo es generalmente efímero.

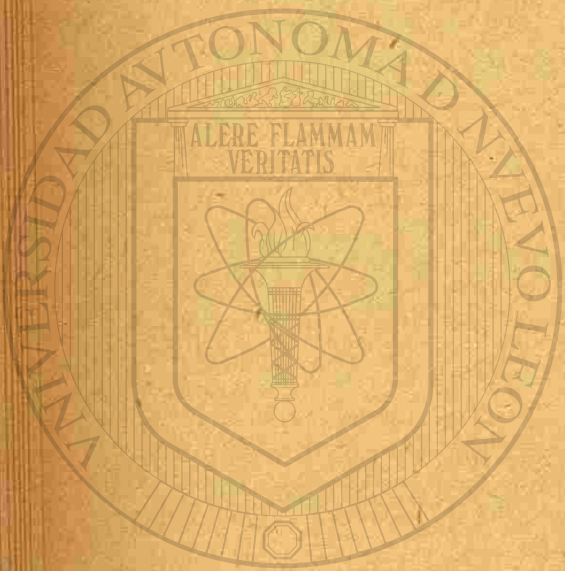
En las asambleas revolucionarias, las opiniones extremas tienden a engendrar opiniones más extremas todavía. A los girondinos sucedió el terror. A los revolucionarios rusos moderados que derribaron el zarismo no tardaron en suceder los sanguinarios bolcheviques.

Desde los orígenes de la Historia todos los partidos políticos extremos comienzan en el esplendor de las ilusiones y acaban en la baja de las rivalidades intestinas.

Los progresos de ciertas opiniones extremistas visiblemente absurdas confirman la fundamental noción de que la fuerza de una teoría social o religiosa no depende de su valor racional, sino exclusivamente de su imperio sobre las almas.

La ambición y la necesidad de popularidad han conducido a ciertos hombres clarividentes al extremismo; pero sabiendo muy bien que su aplicación haría imposible todo gobierno, se deshicieron de él al llegar al poder.

En la fase última de su evolución el extremismo cae más bien bajo el dominio de la patología mental que de la política. Los manicomios están llenos de extremistas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

EL SOCIALISMO

El socialismo, término incierto, encubre, según las razas, conceptos muy diferentes, y por eso resulta que los socialistas de diversos países no se entienden en sus Congresos.

El socialismo en los Estados Unidos difiere totalmente del socialismo europeo. El ideal del trabajador americano es llegar a ser patrono, mientras que el obrero latino sueña sobre todo con la supresión de éste.

La hipertrofia de ciertos sentimientos es muy peligrosa para un pueblo. La de envidia, fundamento principal del socialismo, ha oca-

sionado ya tantas devastaciones en Europa como las más terribles epidemias.



Si los celos, la envidia y el odio pudieran ser eliminados del universo, el mismo día desaparecería el socialismo.



El odio a las desigualdades, base del socialismo, implica como consecuencia necesaria la destrucción de las *élites* que hacen la grandeza de un país. El bolchevismo ruso comprendió perfectamente esta necesidad cuando procedió a la matanza sistemática de los intelectuales. El socialismo revolucionario que triunfó por un instante en Alemania y Hungría repitió las mismas destrucciones.



El socialismo nivelador, muy accesible al alma simplista de las multitudes, orienta fácilmente las fuerzas ciegas y devastadoras del número.



El odio intenso de los socialistas hacia el capitalismo sólo significa con frecuencia una

forma aguda de la ansia de riquezas. Países como los Estados Unidos, donde el acceso a la riqueza es relativamente fácil, cuentan pocos socialistas.



Las leyes llamadas sociales tienen un poder destructor superior a veces al de los cañones. Así es como la aplicación de la jornada de ocho horas a nuestra Marina comercial la hubiera arruinado rápidamente, en provecho de competidores demasiado inteligentes para aceptar semejante decreto. Este tuvo que ser derogado.



Suprimir, como querrian los socialistas, la competencia entre pueblos y entre individuos sería aniquilar un gran factor psicológico de progreso. Sin la emulación, la mayoría de los descubrimientos de que goza la humanidad no hubiesen nacido jamás.



La población obrera de los Estados Unidos demuestra experimentalmente que las clases llamadas enemigas por el socialismo tienen mucho más interés en asociarse que en combatir. Si esta verdad pudiera arraigar en

Francia, quedaría transformada nuestra vida económica y social.

La iniciativa, el juicio, la emulación, el amor al riesgo, cualidades generadoras de los grandes descubrimientos que han transformado al mundo, son aptitudes exclusivamente individuales que jamás poseyó colectividad alguna. Un país en el que los socialistas consiguieran anular el esfuerzo individual no realizaría más progreso alguno.

Puesto que repetidas experiencias durante varios siglos de historia no han bastado a demostrar que el progreso de los pueblos se debe exclusivamente a sus *élites*, era necesario que a la ruina de Rusia viniera a demostrarlo una vez más.

III

EL SINDICALISMO

La revolución había divinizado la voluntad del pueblo. También la exaltan nuestros revolucionarios modernos, pero separan una especie de aristocracia llamada "proletariado organizado y consciente". En virtud de este nuevo concepto desdennan la libertad, el sufragio universal y todas las conquistas democráticas.

La disciplina rígida aceptada por los adeptos del sindicalismo muestra hasta qué punto devendrá despótico. Podemos preguntarnos si la esclavitud total del individuo no constituye el epílogo inevitable de la evolución democrática.

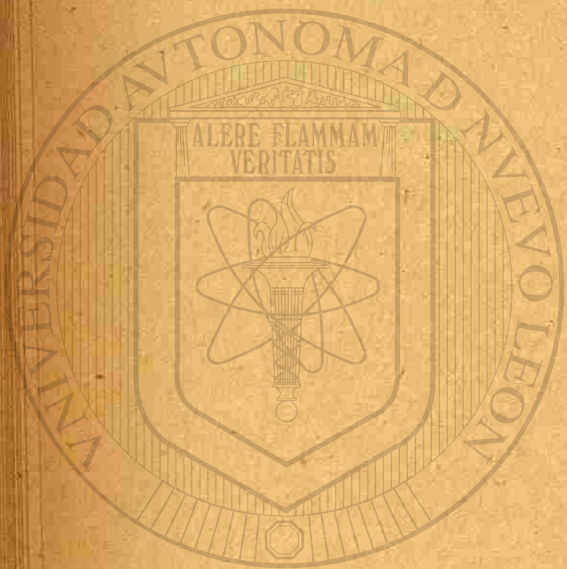
Si los Sindicatos agruparan solamente intereses materiales similares, su influencia caería de importancia; pero asociando descontentos y odios adquieren una gran fuerza revolucionaria.

Los más peligrosos conflictos del porvenir no se producirán siempre entre pueblos rivales. Estallarán entre Sindicatos de un mismo pueblo, que se convertirán en rivales por sus divergencias de intereses. Las repúblicas sindicalistas italianas de la Edad Media, especialmente la de Florencia, perecieron una tras otra en tales conflictos.

Si la dictadura del proletariado que reclaman los socialistas tuviera que ser ejercida por la totalidad de los trabajadores, no diferiría de un gobierno democrático ordinario. Practicada solamente por algunos individuos sería idéntica a la de los antiguos regímenes autocráticos.

Los teóricos de la razón pura no han estado acertados en sus tentativas para aplicarla

al gobierno de los pueblos. La primera, la de la gran Revolución, realizada según el evangelio de Rousseau, dió por resultado las matanzas del Terror y veinte años de guerra. La segunda, la de Rusia, inspirada en el evangelio de Karl Marx, produjo la ruina total del gran imperio de los zares.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

EL COMUNISMO

El bolcheviquismo comunista, al igual que el socialismo, tiene por características esenciales el descontento, el odio a las superioridades y el deseo de destruir violentamente el orden de cosas establecido.



Cuando, por una causa cualquiera, el descontento crece en un pueblo, acepta de golpe la primera doctrina propuesta para remediar sus males. El éxito del comunismo en diversas naciones es consecuencia de esta ley.



Sé encuentran fácilmente hombres dispuestos a derribar, pero muy pocos que sean capaces de dirigir los mecanismos complica-

dos de una civilización. Los comunistas rusos no sospechaban esta verdad elemental cuando asesinaron sistemáticamente a los intelectuales de su país. Sólo se dieron cuenta de su error ante la ruina económica que resultó de estas hecatombes.

La desorganización de Rusia, cuyos obreros trabajan doce horas por día bajo la férula de amos severísimos por un miserable pedazo de pan, muestra una vez más que punto son las Sociedades órganos complicados. Hijos de la necesidad y del tiempo, son tan imposibles de transformar mediante decretos como la estructura de un ser vivo.

Contrariamente a sus teorías, el comunismo evoluciona de más en más hacia un nacionalismo antes desconocido. Los rusos no comprendieron la fuerza de la idea de patria hasta el día en que esta patria estuvo amenazada por el extranjero.

Se ha dicho, con razón, en el Parlamento inglés, que Rusia no carecía de dinero, sino

de cerebros de Occidente. Sólo la experiencia puede hacer penetrar esta verdad en el débil cerebro de los comunistas.

Si las teorías comunistas hubieran regido a la humanidad a través de los tiempos, los hombres vivirían todavía en el fondo de las cavernas, vestidos de pieles de animales y disputando a las fieras un alimento problemático. Si el comunismo perdura en Rusia, este pueblo no tardará en sumirse en las tinieblas de la prehistoria.

Una sociedad puramente bolchevique no tiene más necesidad de sabios que los negros del continente africano.

El comunismo ruso ha pasado por dos fases muy distintas. La primera, la igualdad general conseguida mediante el saqueo general y la matanza de intelectuales. Fué la edad de oro de la doctrina; pero luego que se agotaron las reservas saqueadas, cuando, faltas de capacidades, las fábricas, las minas y los medios de transportes cesaron de ser

utilizables, se desvaneció la ilusión y entonces hubo que pedir a Occidente inteligencias y dinero.

La extensión del socialismo igualitario que devasta a Rusia haría que Europa retrocediera a la fase de barbarie que siguió a las antiguas invasiones germánicas.

V

LA IGUALDAD Y LA NECESIDAD DE SERVIDUMBRE

La libertad no es con frecuencia para el hombre sino la facultad de escoger su servidumbre.

El primer ministro del Imperio Británico aseguraba que "el mundo entero estaba cansado de todas las soberanías". En realidad, los pueblos jamás han pedido tanto como hoy el ser gobernados. Los mismos revolucionarios no cesan de reclamar dictadores.

El problema socialista se reduce a saber si la igualdad en la miseria, sin posibilidad de salir de ella, es preferible a las desigualdades que, al permitir todas las ambiciones, constituyen para el hombre un estimulante enérgico de esfuerzos y de progreso.

Sean cuales fueren las combinaciones soñadas, una dictadura del proletariado se reduce siempre a la tiranía absoluta de algunos agitadores. El resultado final de semejante régimen sería, como en Rusia, la agravación considerable del antiguo despotismo.

Si los jorobados llegaran a formar la mayoría de una sociedad harían exterminar probablemente todos los individuos que fueran físicamente perfectos. Por una razón del mismo orden suprimen tantos intelectuales los comunistas rusos.

CAPITULO VI

La evolución de las civilizaciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sean cuales fueren las combinaciones soñadas, una dictadura del proletariado se reduce siempre a la tiranía absoluta de algunos agitadores. El resultado final de semejante régimen sería, como en Rusia, la agravación considerable del antiguo despotismo.

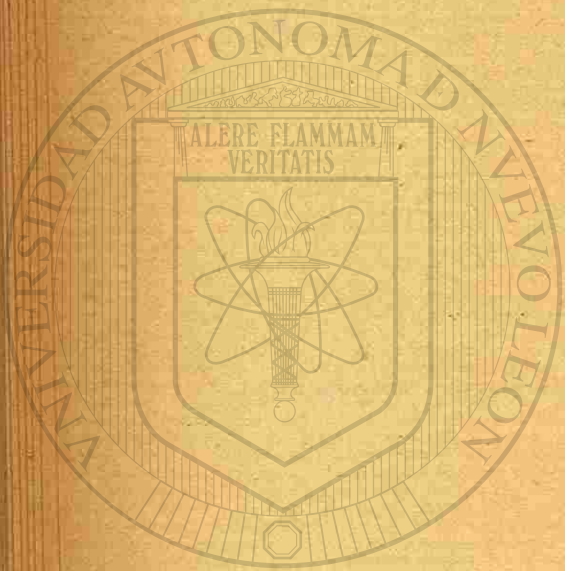
Si los jorobados llegaran a formar la mayoría de una sociedad harían exterminar probablemente todos los individuos que fueran físicamente perfectos. Por una razón del mismo orden suprimen tantos intelectuales los comunistas rusos.

CAPITULO VI

La evolución de las civilizaciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

CÓMO NACEN Y DESAPARECEN LAS CIVILIZACIONES

Las civilizaciones se fundan sobre un limitado número de ideas aceptadas como ciertas y universalmente respetadas. Lo que importa conocer no es su valor racional, sino el papel que representa.



Las grandes civilizaciones fueron dominadas, cada una de ellas, por un elemento diferente. Militar en la civilización romana; artístico-literario en la griega; religioso en la civilización de la Edad Media; industrial en el mundo moderno. ®

El predominio actual de la técnica confiere al ingeniero y al obrero una autoridad com-

parable a la de los hombres de la Iglesia de la Edad Media.



Los pueblos cuya alma está estabilizada por un largo pasado son los únicos que poseen, no obstante las divergencias de partidos, opiniones unánimes sobre las cuestiones fundamentales que conciernen los intereses colectivos de su raza.



La historia de los pueblos civilizados caídos en la barbarie, como el mundo romano después de las invasiones germánicas y la Rusia de nuestros días, revela la importancia de ciertos elementos de civilización, como el respeto a los contratos, a la propiedad y a la vida de los ciudadanos. Su posesión parece cosa muy natural, y, sin embargo, hicieron falta siglos de esfuerzo para conseguirlo.



La civilización crea necesariamente más trabas a la libertad que el estado salvaje; pero hay que soportarlas para elevarse de la barbarie a la civilización.



La influencia de los alucinados en el mundo ha sido prodigiosa. De sus ideas se origina el armazón de las grandes civilizaciones. No es seguro que la faz del mundo hubiera cambiado, como afirmaba Pascal, si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta; pero sí es cierto que se hubieran manifestado otras formas muy distintas de civilización, si grandes alucinados como Buda y Mahoma no hubieran poseído el maravilloso poder de hacer aceptar por millones de hombres las ilusiones creadas por sus sueños.



Todos los grandes imperios que no fueron destruidos por las conquistas perecieron víctimas de guerras civiles, es decir, destruyéndose a sí mismas. Tal fué la suerte de Grecia en el mundo antiguo y de las repúblicas italianas en la Edad Media, y tal será la de Polonia y, probablemente, la de Irlanda en los tiempos modernos.



Un pueblo cuya población crece más de prisa que sus medios de subsistencia acaba siempre por invadir a sus vecinos. Apoderándose de todas las colonias hacia las que Alemania podía dirigir su exceso de población, Inglate-

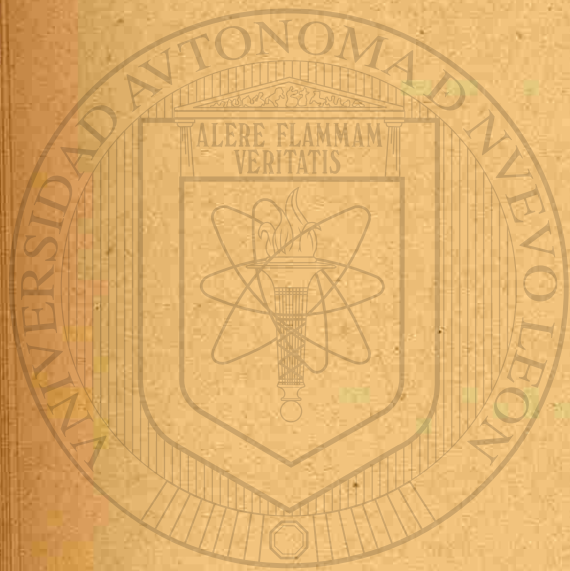
rra cercó en el centro de Europa a una nación que tendrá que invadir a sus vecinos cuando se crea más fuerte.

Para un pueblo es peligroso albergar en su seno demasiadas vanidades individuales y pocos orgullos colectivos.

En ciertas horas de la vida de los pueblos, la inteligencia de un solo hombre puede cambiar su destino. Inglaterra estaba a punto de arrojar a Turquía de Europa cuando el genio de un general salvó a este imperio del abismo en que iba a caer.

Las nuevas concepciones políticas basadas en el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, no se pueden aplicar ni a los pueblos amorfos, que no saben exactamente lo que quieren, ni a los que son incapaces de querer durante mucho tiempo lo mismo.

Los pueblos, como los individuos, sólo progresan mediante continuos esfuerzos. Cuando su evolución progresiva se detiene, una evolución regresiva, creadora de degeneración, no tarda en sucederle.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

II

LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS

Seguramente que todavía serán necesarias muchas revoluciones para demostrar que el cambio de instituciones políticas tiene poca influencia en la vida de las naciones. Lo que determina la historia de los pueblos es su mentalidad y no sus instituciones.



El estado actual de un ser cualquiera al estar determinado por la sucesión de sus estados anteriores, las transformaciones realizables por cada generación son siempre mínimas. El estado social de un pueblo al encontrarse igualmente condicionado por sus estados anteriores, los cambios absolutos con que sueñan los partidos políticos no son realizables jamás.

La trama de la vida mental de un pueblo está compuesta de ideas, de hábitos, de creencias, hasta de prejuicios desprovistos con frecuencia de valor racional, pero indispensables, sin embargo, para la existencia de este pueblo.

Para cambiar las instituciones de un pueblo habría que transformar primero los sentimientos y los sueños que forman la armazón de su alma. La imposibilidad de tales modificaciones explica por qué los teóricos del radicalismo jamás han conseguido imponer nuestras instituciones a los indígenas de las colonias.

La dictadura del proletariado que reclaman los dirigentes de los partidos socialistas no significa otra cosa para sus dirigentes que la posesión de las ventajas que ofrece el ejercicio del poder.

En las ciencias, la autoridad en los hechos ha reemplazado desde hace tiempo a la autoridad de las personas. En política, la autoridad personal continúa siendo necesaria.

La unidad de un pueblo puede ser artificialmente creada por la fuerza de un jefe; pero entonces depende de la acción de este jefe, al que no le sobrevive. La sola unidad durable es la que realiza en las almas la comunidad de instituciones, de intereses y de creencias.

Un partido político que pretenda dominar a todos los otros acaba por engendrar reacciones que determinan su fin. Los crecientes privilegios de la nobleza y del clero provocaron la revolución francesa. Las pretensiones de Alemania a la hegemonía mundial provocaron la guerra en la que debía perecer.

Desde el punto de vista de las instituciones políticas posibles, los pueblos pueden dividirse en estables, inestables y amorfos.

Como Rusia era una masa amorfa de pueblos primitivos sin intereses comunes, sin tradiciones y sin cultura, la autocracia es la única que puede establecer su unidad.

En los pueblos inferiores, un poder político sólo subsiste deviniendo absolutista o teocrático.

Como los pueblos asiáticos sólo soportan instituciones autocráticas, el comunismo ruso no tardó en verse obligado a adoptar un régimen prácticamente idéntico al de los antiguos zares.

En política, engendrando la acción, como en mecánica, una reacción igual y contraria, toda tiranía que crece crea rápidamente una reacción destructora de esta tiranía.

III

ALGUNAS CONSECUENCIAS DE LAS IDEAS DEMOCRÁTICAS

Una democracia se define teóricamente como "el gobierno por el pueblo". En realidad, ninguna democracia puede mantenerse sin la dirección de una *élite*. Cuando un gobierno democrático, como el de Inglaterra, dura mucho tiempo, es porque ha llegado a ser una aristocracia de la fortuna y de la inteligencia.

El triunfo de una democracia marca, frecuentemente, el fin del país en que se produce. Bajo las influencias democráticas cayó Grecia en la servidumbre, Roma en la decadencia y las repúblicas italianas de la Edad Media y la Rusia moderna en la anarquía y la dictadura.

Platón sostenía que todos los progresos del espíritu humano son debidos a la aristocracia de la inteligencia. Contrariamente a esta doctrina, los dictadores rusos dividieron a los hombres en cuatro clases, la más alta de las cuales estaba representada por los obreros manuales, y la más baja por los intelectuales. Una ruina total puso pronto de manifiesto las consecuencias de esta clasificación.

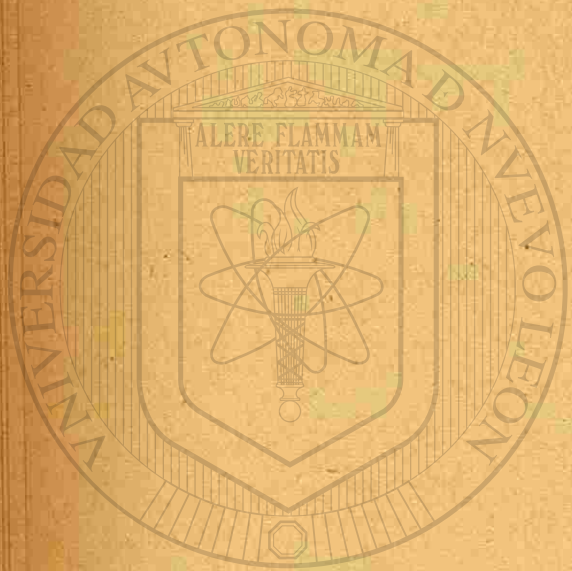
La experiencia rusa ha demostrado de una manera definitiva que un gobierno burgués, por mediocre que se le suponga, es infinitamente menos despótico que uno proletario, por perfecto que éste pueda ser.

Lejos de disminuir los odios internacionales, los progresos democráticos los hacen más fuertes de día en día.

Uno de los errores más fuertes del régimen parlamentario consiste en derribar los gobiernos en el momento preciso en que los acontecimientos, dominando las voluntades, no permiten a los sucesores cambiar nada de la política de sus predecesores.

El principio del servicio universal obligatorio que substituye a los pequeños ejércitos de antes con la totalidad de los habitantes válidos de un país, es evidentemente práctico desde el punto de vista democrático. En la realidad engendra verdaderas guerras de exterminio y, por consecuencia, la destrucción de las democracias creadoras de este principio.

La época moderna está obligada a hacer que vivan juntos hombres que exijan la igualdad, cuando los progresos de las civilizaciones, lo mismo que los de la naturaleza, se realizan solamente por desigualdades sucesivas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

LOS RELATOS HISTÓRICOS

Los historiadores quizá se pusieran de acuerdo si los acontecimientos presentaran un solo aspecto; pero como presentan varios, susceptibles de diversas interpretaciones, el acuerdo se hace imposible.



Los libros de historia revelan, sobre todo, las creencias de sus autores.



Si la historia es una ciencia a base de conjeturas, no sólo es debido a nuestros pocos conocimientos sobre los hechos, sino también porque los sentimientos que los determinan permanecen ocultos.



Ciertos acontecimientos, como los de la noche de San Bartolomé, parecen incomprensibles porque no experimentamos los sentimientos que los hicieron nacer. Habría que poseer la mentalidad de la época para comprender el entusiasmo que despertó aquella matanza en la Europa católica. Se crearon varias medallas, especialmente por Gregorio XVI, para conmemorar el hecho. Los cuadros que este Papa hizo pintar para perpetuar los detalles todavía figuran en el Vaticano.

Los relatos históricos son hasta tal punto inciertos que se encuentran los mismos errores repetidos indefinidamente. Algunos historiadores aseguraron que el imperio bizantino constituía un período de decadencia, y todos sus sucesores han venido expresando lo mismo. Han sido necesarios todos los recursos de la erudición moderna para demostrar que el imperio bizantino poseyó durante mil años una de las más brillantes civilizaciones de la Historia.

Se ha hecho observar muy acertadamente que las guerras modernas arruinan tanto al

vencedor como al vencido. No por ello hay que creerlas inútiles, puesto que algunas batallas bastan, a veces, para transformar por completo las condiciones de existencia de un pueblo. Por su lucha con Rusia devino el Japón una gran potencia. Por su guerra con Grecia, Turquía, a punto de desaparecer, recuperó su anterior poderío. También por la guerra obtuvo Inglaterra la hegemonía que poseía Alemania.

En política, los principios teóricos deducidos de la razón pura crean fácilmente verdaderos desastres. El principio de equilibrio resultante de la lenta acción de los pueblos había llevado a Europa a un cierto estado de estabilidad. El nuevo principio teórico de las nacionalidades la conducirá fácilmente a reiteradas guerras hasta que se establezcan nuevos equilibrios.

Las *ententes* provisionales son superiores a las alianzas, porque una alianza, sea cual fuere su forma, no sobrevive a la desaparición de los intereses que la hicieron nacer.

El talento de los historiadores de gran prestigio consiste en hacer verosímiles las inverosimilitudes de la Historia.

Los descubrimientos de la psicología bastan para demostrar que la historia clásica es el relato de acontecimientos tan incomprensidos de sus autores como de los escritores que los narraron.

El estudio de la Historia no parece dar a los historiadores una gran facultad de previsión. Sabido es con qué entusiasmo muchos profesores, y especialmente Renán, hacían votos para que se realizara la unidad alemana que nos valieron las guerras de 1870 y 1914.

CAPITULO VII

La inteligencia, el carácter y la educación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El talento de los historiadores de gran prestigio consiste en hacer verosímiles las inverosimilitudes de la Historia.

Los descubrimientos de la psicología bastan para demostrar que la historia clásica es el relato de acontecimientos tan incomprensidos de sus autores como de los escritores que los narraron.

El estudio de la Historia no parece dar a los historiadores una gran facultad de previsión. Sabido es con qué entusiasmo muchos profesores, y especialmente Renán, hacían votos para que se realizara la unidad alemana que nos valieron las guerras de 1870 y 1914.

CAPITULO VII

La inteligencia, el carácter y la educación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

LA INCOMPENSIÓN Y LOS CONFLICTOS MENTALES

Las mismas palabras pueden evocar ideas diferentes; pero la comunidad de idioma no implica la de pensamientos. La incompenSIón domina las relaciones entre individuos de sexo, de educación, de raza diferentes.

¿Cómo esperar una comunidad de pensamientos cuando vemos los términos abstractos más corrientes: Dios, alma, naturaleza, libertad, etc., evocar concepciones muy diversas según la materialidad de los seres que las pronuncian? ®

Querer interpretar desde el punto de vista racional un sentimiento o una creencia, es

ponerse en condiciones de no comprenderla. Lo racional, cuyo papel tan importante es en la génesis de los descubrimientos, ejerce muy poca influencia en la vida de los pueblos.

La comprensión de un código, de una institución, de un tratado, varía con las creencias, los prejuicios, las pasiones de cada época. Así cambian también constantemente las interpretaciones de los historiadores.

La juventud se muestra siempre intolerante, porque no teniendo ni el sentido de las posibilidades ni el de las necesidades, cree fácil resolver cuanto chocha con su lógica racional. Hay que reflexionar mucho para descubrir que no es esta lógica la que rige al mundo.

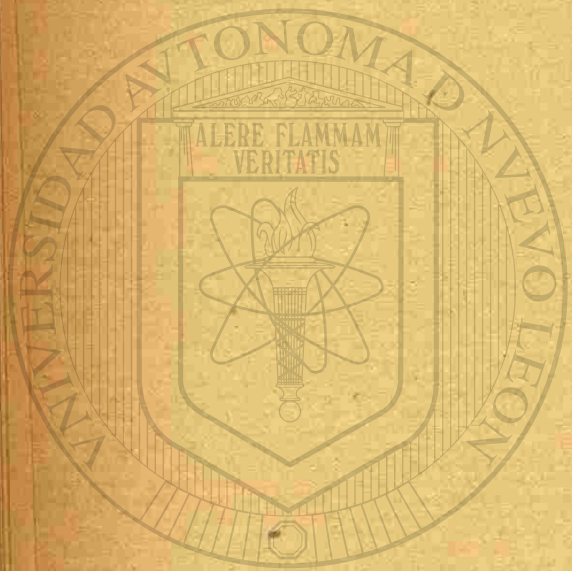
Los cuentos, las leyendas, las obras de arte, las mismas novelas son mucho más verídicas que los libros de historia, porque expresan la sensibilidad de una época, mientras que el lenguaje racional de los historiadores no la da a conocer.

Nuestra opinión de las cosas debe, naturalmente, variar con la evolución de las cosas. Sólo el ignorante posee opiniones invariables.

Si la incomprensión domina las relaciones entre pueblos, es porque la mayoría de las cuestiones implican puntos de vista diferentes: racionales, sentimentales y políticos, que no tienen una medida común.

La simpatía nace fácilmente entre naciones alejadas que no se conocen. Apenas se encuentran en contacto sus divergencias de sentimientos, de ideas y de creencias, se ponen de relieve y toda simpatía desaparece.

Con la interdependencia económica creciente de los pueblos, Europa dejará de ser muy pronto el centro del mundo. Militarmente ya no lo es desde que la experiencia ha demostrado que un ejército puede atravesar el océano. Científicamente también ha dejado de serlo desde que las invenciones del nuevo mundo igualan a las del antiguo. Y económicamente dejó de serlo desde que la mayor parte del oro europeo pasó a América.



II

EL CARÁCTER Y LA INTELIGENCIA EN LA VIDA DE LOS PUEBLOS

El hombre se confiesa raramente los sentimientos que le impulsan y que, por otra parte, no siempre conoce. Los revolucionarios extremistas, cuyos verdaderos guías son el odio y la envidia, se creen animados por el deseo de establecer el reino de la justicia y de la felicidad.

Los errores intelectuales carecen generalmente de duración. Los errores de origen sentimental o místico persisten, por el contrario, mucho tiempo y llegan a veces a trastornar el mundo.

Entre los factores actuales de la vida de

los pueblos, la envidia es el más fuerte, el amor al prójimo el más débil, la esperanza el más incierto.

La amistad representa un sentimiento débil, pero durable: el amor, sentimiento fuerte, pero efímero. La envidia, cuyo papel social deviene tan preponderante, constituye uno de los raros sentimientos que poseen a la vez fuerza y duración.

Más fácilmente se encuentran mil hombres dispuestos a obedecer que uno capaz de tomar una iniciativa.

El placer de matar que anima a los cazadores es tan grande que es el primero que ofrecen a los soberanos cuando visitan un país extranjero.

No nos quejemos demasiado de ver a la hipocresía gobernar a los hombres. El mundo sería un infierno si no existiera la hipocresía.

Se creía en otro tiempo que la ciencia dulcificaría las costumbres. La experiencia prueba, por el contrario, que la ciencia ha hecho las guerras más feroces y mortíferas que antiguamente.

Para dosificar los sentimientos todavía no poseemos ningún medio de medida. El paso de lo cualitativo a lo cuantitativo, que transforma todas las ciencias, está todavía por realizar en el ciclo de lo afectivo.

Si la ciencia llegara a descubrir un termómetro de los sentimientos, de las pasiones y de las voluntades, la conducta del hombre en una circunstancia dada sería tan fácil de calcular como la trayectoria de un planeta.

Un japonés decía que la civilización real es la de los sentimientos. Podría añadirse que si algunos años de enseñanza universitaria proporcionan una dosis suficiente de civilización intelectual, hace falta mucho tiempo más para civilizar los sentimientos. Las crueldades y las devastaciones cometidas por los ale-

manes durante la guerra han mostrado una vez más hasta qué punto la civilización de la inteligencia es extraña a la de los sentimientos.

El fundamento principal de la grandeza de un pueblo no reside en el número de sus habitantes, ni en la extensión de su territorio, ni en el número de sus cañones, sino en la fuerza de su carácter.

Una voluntad fuerte es mucho más útil en la vida que una gran instrucción superpuesta a una voluntad débil.

Lejos de ser una prueba de carácter, la violencia constituye con frecuencia una manifestación de debilidad. El hombre débil se muestra, a veces, violento para ocultar su debilidad.

El ser que no sabe dominar sus impulsos instintivos no tarda en ser esclavo de quienes le ofrecen satisfacerlos.

En todos los asuntos humanos hay que arriesgarse para triunfar. De la justa evaluación de las probabilidades de ganar y de perder dependen los grandes éxitos.

Muchos acontecimientos de la gran guerra han demostrado qué desastres pueden causar la indecisión y la falta de iniciativa. En el Parlamento inglés se reconoció que la guerra hubiera sido muy breve si, al principio de las hostilidades, hubiesen tenido las escuadras un almirante lo bastante audaz para entrar en Constantinopla, como hicieron los alemanes. Para reparar esta falta de carácter perecieron inútilmente cien mil hombres en la expedición de los Dardanelos.

En las civilizaciones complicadas, en las que la más insignificante profesión está erizada de concursos nemotécnicos eliminato-

rios, ocurre fatalmente que las capacidades verdad no pueden librarse de estas barreras artificiales. Así se producen pérdidas de fuerzas y surgen odios de clase desconocidos en los países nuevos como América, donde estos inconvenientes no existen.

Un sentimiento fuerte, no pudiendo ser dominado más que por otro más fuerte, se comprende el empleo del terror por los conquistadores y fundadores de creencias. Los códigos civiles o religiosos siempre tuvieron por sostén amenazas aterradoras.

Para influir sobre los seres que nos rodean, el conocimiento de sus defectos es, a veces, más útil que el de sus cualidades.

Una de las grandes causas de debilidad de los pueblos latinos se debe a que todo su personal directivo ha salido de los exámenes universitarios que ponen a prueba la memoria de los estudiantes, pero no las cualidades de carácter que hacen el valor del hombre en la vida.

III

LA INTELIGENCIA, LOS SENTIMIENTOS Y LA INTUICIÓN

La inteligencia y los sentimientos son compañeros inseparables, pero que raramente, desde el origen de los tiempos, difícilmente han llegado a entenderse.

Como la inteligencia ha evolucionado considerablemente en el curso de los siglos, mientras los sentimientos han cambiado muy poco, resulta una discordancia creciente entre la lógica sentimental, que determina la conducta, y la lógica racional, que procura dirigirla, pero raramente con éxito.

En el dominio de la inteligencia, la diferencia entre los hombres es inmensa. En los cielos de lo afectivo y de lo místico en que se elaboran las causas de nuestras acciones, desaparece la desigualdad. A esto se debe que un bolchevique sin cultura y un profesor instruido puedan aceptar ilusiones idénticas.

La razón se pone fácilmente al servicio de los sentimientos, mientras que éstos raramente se ponen al servicio de la razón. Esta ley psicológica explica el origen de guerras que ningún argumento racional podría justificar.

El ser cuya inteligencia no consigue dominar la sensibilidad podrá llegar a ser un artista notable, un escritor eminente; pero no un gran hombre de Estado.

Una convicción fundada solamente sobre la razón raramente deviene un móvil de acción. Las influencias místicas y sentimentales son indispensables para provocar la acción.

El hombre progresa cuando comienza a separar su razón de sus pasiones. El progreso se acentúa cuando su razón llega a ser lo bastante fuerte para dominar un sentimiento presente oponiéndole la influencia de un sentimiento lejano.

La adquisición de la aptitud para dominar sus sentimientos exigió siglos de esfuerzos. Muchos pueblos se estacionaron en la época en que Esaú vendía por un plato de lentejas presente su futura primogenitura.

Gracias a la forma de conocimiento llamada intuición, las mujeres llegan a adivinar las consecuencias que la lógica racional no columbra fácilmente.

Sólo la razón puede descubrir si las certidumbres intuitivas constituyen realidades o errores. La inteligencia es, pues, el complemento necesario de la intuición.

Las intuiciones intelectuales son generadoras de descubrimientos en todos los dominios del arte y del pensamiento. Las intuiciones sentimentales representan las verdaderas guías en las circunstancias difíciles de la vida.

Se conoce que una multitud de hombres ha llegado a formar una nación cuando, en los grandes acontecimientos, como la guerra europea, se forman instantáneamente intuiciones colectivas que llevan a todos los ciudadanos a una conducta idéntica, no obstante las divergencias de creencias.

El hábito que permite canalizar las intuiciones y refrenar los impulsos constituye un guía más seguro que todas las enseñanzas de los libros.

IV

LA INSTRUCCIÓN Y LA EDUCACIÓN

En las discusiones sobre la reforma de la enseñanza en Francia, un eminente orador aseguraba que "el helenismo da al espíritu el equilibrio y la armonía de un templo". Este equilibrio del espíritu no basta, desde luego, para crear el equilibrio de los sentimientos, puesto que las constantes discusiones de los antiguos griegos les condujeron a la servidumbre.

Cada fase de una civilización, al diferir de las fases anteriores, requiere una educación adaptada a las nuevas necesidades y a las nuevas mentalidades.

Las intuiciones intelectuales son generadoras de descubrimientos en todos los dominios del arte y del pensamiento. Las intuiciones sentimentales representan las verdaderas guías en las circunstancias difíciles de la vida.

Se conoce que una multitud de hombres ha llegado a formar una nación cuando, en los grandes acontecimientos, como la guerra europea, se forman instantáneamente intuiciones colectivas que llevan a todos los ciudadanos a una conducta idéntica, no obstante las divergencias de creencias.

El hábito que permite canalizar las intuiciones y refrenar los impulsos constituye un guía más seguro que todas las enseñanzas de los libros.

IV

LA INSTRUCCIÓN Y LA EDUCACIÓN

En las discusiones sobre la reforma de la enseñanza en Francia, un eminente orador aseguraba que "el helenismo da al espíritu el equilibrio y la armonía de un templo". Este equilibrio del espíritu no basta, desde luego, para crear el equilibrio de los sentimientos, puesto que las constantes discusiones de los antiguos griegos les condujeron a la servidumbre.

Cada fase de una civilización, al diferir de las fases anteriores, requiere una educación adaptada a las nuevas necesidades y a las nuevas mentalidades.

Imponer a la juventud actual la cultura grecolatina del mundo antiguo y de la Edad Media es desconocer esta verdad elemental.

Los defectos de un pueblo, sólo visibles para los extranjeros, no se corrigen gran cosa. Todos conocen la inferioridad de los métodos universitarios franceses, pero como nosotros no nos damos cuenta de ello, ninguna reforma verdadera es posible.

El alimento intelectual que proporciona la instrucción es comparable al alimento material. No alimenta todo lo que se come, sino sólo aquello que se digiere.

Muchas de nuestras ideas sociales se transformarán cuando nos demos cuenta de que un obrero hábil es, intelectualmente, muy superior a un bachiller mediocre.

La sola educación eficaz es la que cultiva las aptitudes especiales de cada ser. Enton-

ces se obtiene del discípulo todo cuanto puede dar de sí, sin exigirle un trabajo inútil.

Imponiendo a todos los escolares una instrucción idéntica, se obtiene un minimum de rendimiento con un máximo de esfuerzo.

Uno de los errores latinos que más han pesado sobre la vida de nuestras colonias fué creer que la instrucción clásica permitía salvar rápidamente las etapas que separan la barbarie de la civilización. Un negro puede recibir una educación clásica completa sin llegar a ser un hombre civilizado.

Las experiencias que han permitido reemplazar la cabeza de un insecto por la de otro de sexo diferente demuestran que las hembras con cabeza de macho toman los instintos de éstos. Podemos preguntarnos si la educación masculina dada al sexo femenino no realizaría, indirectamente, esta sustitución.

Los métodos que requiere el cultivo de la inteligencia son diversos. Para influir sobre el carácter sólo existe uno: la práctica de las cualidades que se han de desarrollar. La iniciativa, la perseverancia y la voluntad no se adquieren de otro modo.

Nuestra enseñanza universitaria sólo se transformará cuando se admita generalmente que los libros no bastan para educar el carácter, la moral y la inteligencia.

Los ingleses y los americanos atribuyen, con razón, una gran influencia educativa a los juegos deportivos. Estos juegos enseñan, en particular, el arte de obedecer, sin el cual no es posible adquirir el de mandar.

Los pueblos que han descubierto que la educación del carácter es más importante que la de la inteligencia están mucho más adelantados que los que todavía no se han dado cuenta de esta verdad, como les sucede a las Universidades latinas.


El gran acierto de Prusia consistió en transformar, gracias a su sistema de educación práctica y a su disciplina militar, un conglomerado de individualidades mediocres, originarias de razas diferentes, en un bloque colectivo muy fuerte.

Luego de comprobar que, después de la paz, el amor al trabajo, la honradez profesional y la cortesía desaparecían de Alemania, una revista germánica atribuía, muy acertadamente, esta decadencia a que la juventud alemana no estaba ya sometida a una disciplina militar.


Un sistema cualquiera de instrucción o de educación es perfecto si consigue crear automatismos inconscientes útiles. La inteligencia posee entonces servidores dóciles dispuestos a ejecutar sus órdenes. Mal educados, no las ejecutan.

La disciplina puede reemplazar muchas cualidades; pero ninguna cualidad reemplaza a la disciplina.

La inteligencia es un barniz que recubre los sentimientos, pero que no los transforma.



El tiempo y la costumbre usan rápidamente el amor, pero fortifican, por el contrario, la amistad, incluso cuando ésta sucede al amor.



El juicio sin voluntad es tan inútil como la voluntad sin juicio.

CAPITULO VIII


Las influencias conscientes e inconscientes en la vida de los pueblos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La inteligencia es un barniz que recubre los sentimientos, pero que no los transforma.



El tiempo y la costumbre usan rápidamente el amor, pero fortifican, por el contrario, la amistad, incluso cuando ésta sucede al amor.



El juicio sin voluntad es tan inútil como la voluntad sin juicio.

CAPITULO VIII

Las influencias conscientes e inconscientes en la vida de los pueblos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

LA VIDA CONSCIENTE Y LA INCONSCIENTE

La vida inconsciente es a la vida consciente lo que una montaña a un grano de arena y el mar profundo a las olas que le cubren. Su estudio alumbra con luz completamente nueva los móviles de la conducta.

Para determinar los hombres a la acción hay que influenciar su voluntad inconsciente. El alma consciente puede ser convencida por persuasión, pero la convicción sola no basta para hacer obrar.

Las causas de ciertos acontecimientos históricos, especialmente los orígenes de la guerra europea, resultan incomprensibles cuan-

do se ignoran las diferencias que separan la voluntad consciente de la inconsciente.

La substitución del pensamiento colectivo por el individual representa una de las características de nuestra época. Los hombres capaces de pensamientos personales son cada día más raros. En política casi han desaparecido por completo.

Debido a que las influencias colectivas influyen profundamente en lo inconsciente, la parte de independencia posible al individuo aislado deviene muy restringida.

No siempre es la mala fe la que impide conformar los actos a los discursos. Los actos importantes traducen los impulsos inconscientes del alma ancestral, mientras que los discursos derivan del alma consciente individual. Si en 1914 los socialistas, que habían jurado desertar en caso de guerra, acudieron al frente sin vacilar, fué debido a que el alma incons-

ciente de la raza, que determinó su conducta, era más fuerte que la razón consciente que inspiraba sus discursos.

En política, los móviles inconscientes dirigen con frecuencia los actos que sus autores creen exclusivamente dictados por la razón. El proyecto de desmembrar Turquía, que levantó todo el Islam contra Inglaterra, tuvo como principal autor un piadoso ministro inglés, inconscientemente guiado por la idea de un desquite de la cruz sobre la media luna.

Las grandes conmociones dan nacimiento a ideas inconscientes que, substituyendo a las que habitualmente sirven de guía, engendran movimientos sociales imprevistos.

Una operación intelectual consciente suficientemente repetida, pasa al inconsciente y se convierte en hábito. Mantenido durante varias generaciones, acaba por constituir un carácter de raza.

Una decisión reflexionada no siempre conduce a la acción. La inmensa mayoría de los hombres actúa, por el contrario, bajo la influencia de impulsos inconscientes, de los que está excluida toda reflexión.

La única disciplina real es la que llega a ser inconsciente. La que tiene el temor por único sostén carece de duración y de fuerza.

Los hábitos inconscientes tienen una fuerza que jamás poseen los principios.

II

LA VIDA COLECTIVA Y EL PAPEL
DE LOS AGITADORES

Las multitudes y los individuos de mentalidad inferior poseen el carácter común de estar necesariamente influenciados por los acontecimientos presentes y muy poco por sus consecuencias, por inevitables que puedan ser.

El error individual es aceptado como verdad desde el momento en que deviene colectivo como los caracteres anatómicos, y en es capaz de conmoverle.

Perdida en la maraña de las civilizaciones modernas, envuelta de efectos cuyas causas ignora, la multitud atribuye necesariamente

a voluntades particulares los hechos cuyas leyes no se alcanzan. Sus rebeliones no tienen, con frecuencia, otras causas.

En los grandes acontecimientos que interesan la vida de un pueblo el hombre obra, ante todo, bajo las influencias colectivas. Su egoísmo individual desaparece entonces, hasta el punto de sacrificar sin vacilar su vida a los intereses comunes.

Los hombres se dividen en conductores y conducidos. Estos forman la inmensa mayoría.

Una colectividad no tiene más cerebro que el de su conductor.

Creencias políticas o creencias religiosas tienen un mismo mecanismo de difusión. La afirmación, la repetición, el prestigio y el contagio basta para crear sugerencias a las que raramente resisten las colectividades.

Las verdades más evidentes carecen de influencia sobre el alma de las multitudes cuando carecen de apóstoles para propagarlas.

Las ilusiones que los agitadores ambiciosos hacen surgir en el alma popular devienen, con frecuencia, muy temibles. Si la ilusión de las capacidades políticas e industriales del proletariado, que ya ha arruinado a Rusia, continúa difundándose, causaría el fin de las más brillantes civilizaciones.

Un agitador dotado de prestigio no tiene necesidad de dar explicaciones. Las órdenes enviadas al Congreso socialista de Tours por los dictadores de Moscú, órdenes que fueron respetuosamente aceptadas, estaban formuladas en términos imperiosos y breves y no contenían ninguna exposición de doctrina.

El contagio mental puede producirse sin la intervención personal de un agitador. Una palabra, una fórmula, una corriente de opi-

nión bastan a veces para sugestionar a una muchedumbre.



La mentalidad gregaria de las multitudes permitirá siempre a los agitadores imponer una doctrina cualquiera. Las más absurdas creencias no carecerán jamás de adeptos.



El despotismo de los agitadores de la clase obrera va mucho más allá que el de los tiranos asiáticos. Ninguno de éstos se hubiera atrevido a ordenar la paralización de los ferrocarriles que los jefes sindicalistas impusieron en Inglaterra, ni la supresión de los periódicos impuesta en Francia durante tres semanas por algunos agitadores.

III

EL ALMA DE LOS PUEBLOS

La vida política de un pueblo es incomprendible cuando se ignora hasta qué punto son diferentes los sentimientos individuales de los sentimientos colectivos.



El alma de un pueblo estabilizada por un largo pasado acaba por poseer elementos tan fijos como los caracteres anatómicos, y entonces ninguna educación es capaz de hacerle experimentar transformaciones profundas.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El conocimiento del carácter de un pueblo, de su moral, de las ideas que le guían y de la

educación que recibe revela fácilmente si está en la vía del progreso o en la de decadencia.



Entre los factores que determinan la fuerza de los anglosajones, lo mismo en Inglaterra que en América, hay que citar el *self control* y el respeto a las leyes. Para adquirir estas cualidades hacen falta siglos de esfuerzos y no se aprenden en los libros.



Con un telegrama anodino cuyo sentido alteró Bismarck provocó en Francia una explosión de indignación que obligó al Gobierno a declarar la guerra sin asegurarse de la exactitud de tal telegrama. Había que conocer bien la gran emotividad del pueblo francés para obtener resultados con semejante operación, cuyo éxito hubiera sido nulo en Inglaterra.



Fué sobre todo porque habían perdido su disciplina social por lo que los griegos, cuyo pensamiento y cuyas artes maravillaron al mundo, fueron esclavizados por los romanos,

que sólo poseían una pequeña cultura, pero cuya disciplina había unificado las almas.



En los grandes acontecimientos que amenazan la existencia de un pueblo, la voluntad de los muertos sostiene enérgicamente la de los vivos. Las naciones que no tienen bastantes muertos para defenderla no resisten mucho tiempo. Tal fué el caso de Rusia hacia el final de la gran guerra.



La mayoría de los hombres, sobre todo cuando forman parte de una colectividad, sienten el deseo de ser dirigidos hasta en sus menores actos. Esta necesidad de servidumbre es uno de los principales elementos de éxito del socialismo.



En la inmensa mayoría de sus actos, los pueblos están dirigidos por hábitos y por creencias. En circunstancias en que estos móviles ya no influyen, las ilusiones creadas por los azares del momento se convierten en los únicos guías.



Los descubrimientos individuales transforman las civilizaciones. Las creencias colectivas rigen la Historia.

La gran fuerza de las decisiones colectivas reside en el poder místico que ejerce el número sobre el alma de las multitudes. Por esta razón los jefes de Estado no tienen más remedio que simular apoyarse en la opinión popular.

Una de las bases más eficaces de la educación moral es el contagio mental que resulta de la influencia del medio. El vicio, lo mismo que la virtud, se propagan por contagio.

IV

LAS OSCILACIONES DE LA OPINIÓN

Las leyes de la génesis de las opiniones son las únicas que permiten comprender cómo se convirtió en belicosa la mentalidad pacífica de los americanos, deseosos de permanecer neutrales para comerciar fructuosamente con los beligerantes. Desde luego, la hegemonía alemana amenazaba sus futuros intereses. ¿Pero cómo se hicieron visibles estos intereses lejanos? La guerra submarina sólo fue una de las causas de la transformación de los sentimientos que decidió el envío a Europa de un millón de soldados.

Todos los hombres son más o menos sugestionables, pero lo son sobre todo en los asun-

tos que no conocen. Así se explica la credulidad de muchos sabios.

Con los medios actuales de publicidad, una opinión, una creencia, una doctrina pueden ser lanzados como un producto farmacéutico cualquiera. Debido a su propaganda consiguieron los comunistas rusos reclutar tantos adeptos en el extranjero.

Si la publicidad en los periódicos constituye un medio de persuasión muy eficaz, es porque pocos espíritus son lo bastante fuertes para resistir al poder de la repetición. Esta crea la certidumbre en la mayoría de los hombres.

Las influencias que determinan el voto de un elector raramente son de origen racional. Los odios, los temores, las esperanzas, deciden generalmente de su elección.

En materia científica, para ser creído hay que probar. En política, los discursos de un

orador de prestigio bastan para crear certidumbres imaginarias.

La Prensa canaliza la opinión más bien que la dirige y sirve también para condensar en términos precisos miles de pequeñas opiniones fragmentarias demasiado inciertas para ser formuladas con claridad.

Debido a que la repetición transforma fácilmente el error en verdad se aceptó en los medios militares la creencia en el respeto de la neutralidad belga por los alemanes. Esta creencia costó a Francia la invasión de diez departamentos.

Los acontecimientos capaces de actuar fuertemente sobre la sensibilidad colectiva producen lo que se llama una explosión de opiniones, es decir, la orientación instantánea de emociones colectivas en el mismo sentido. Así nacen las revoluciones, como por ejemplo la de 4 de septiembre de 1870, que derribó instantáneamente al Imperio. Lo mismo ocurrió con la revolución alemana que,

en el momento del armisticio, obligó al emperador de Alemania y a todos los soberanos germánicos a abdicar inmediatamente.

Es una ilusión creer que los hombres de Estado pondrán en sus actos la energía manifestada en sus discursos.

Si los pueblos son decepcionados frecuentemente por sus gobernantes es porque se pide a éstos que realicen lo mejor, cuando un hombre de Estado sólo puede realizar lo posible.

Para muchos seres, la vida sería con frecuencia una pesada carga si la Naturaleza no les hubiera dotado de la facultad de hablar sin reflexionar y de emitir opiniones desprovistas de todo fundamento.

De la necesidad de recriminar deriva la mayoría de las opiniones populares. Para muchos espíritus, recriminar representa una gran felicidad y hasta con frecuencia la única felicidad.

CAPITULO IX

La evolución de los dioses en la Historia.

en el momento del armisticio, obligó al emperador de Alemania y a todos los soberanos germánicos a abdicar inmediatamente.

Es una ilusión creer que los hombres de Estado pondrán en sus actos la energía manifestada en sus discursos.

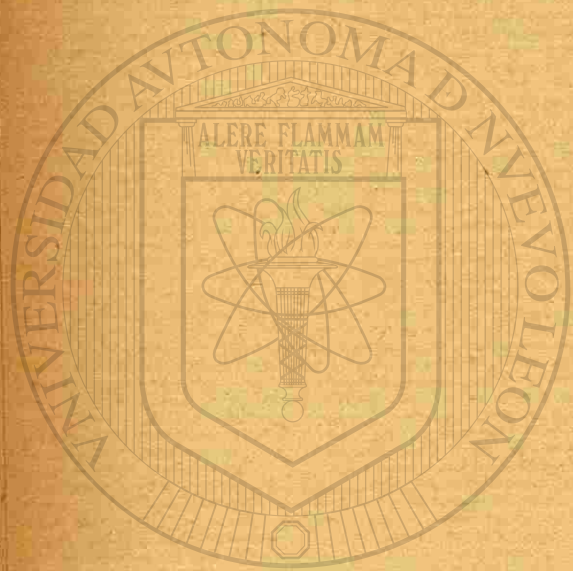
Si los pueblos son decepcionados frecuentemente por sus gobernantes es porque se pide a éstos que realicen lo mejor, cuando un hombre de Estado sólo puede realizar lo posible.

Para muchos seres, la vida sería con frecuencia una pesada carga si la Naturaleza no les hubiera dotado de la facultad de hablar sin reflexionar y de emitir opiniones desprovistas de todo fundamento.

De la necesidad de recriminar deriva la mayoría de las opiniones populares. Para muchos espíritus, recriminar representa una gran felicidad y hasta con frecuencia la única felicidad.

CAPITULO IX

La evolución de los dioses en la Historia.



I

EL PAPEL DE LOS DIOS

La historia de los pueblos está dominada por la de sus dioses. Los tiempos modernos no han disminuído esta dominación; pero las divinidades han cambiado de nombre y han sido reemplazadas por ideas y fórmulas a las cuales atribuyen sus adoradores el mismo poder que a los antiguos dioses.



Ningún pueblo ha vivido sin dioses. La usura del tiempo y no la razón los derriba algunas veces, pero su trono jamás permanece vacío. El paganismo gastado fué reemplazado por el cristianismo, que, a su vez, tiende a ser substituído por la fe socialista.



¿Sería posible una civilización libre por completo de influencias místicas? No lo sabemos. Ninguna civilización parecida se ha manifestado hasta ahora sobre la faz del planeta.

Aunque las creencias religiosas sólo hayan tenido ilusiones por sostén, han servido de armazón a las grandes civilizaciones. Por propagarlas o combatirlas guerreó el mundo en muchas ocasiones.

Todas las grandes divinidades de la Historia, como Júpiter, Jehová, Buda, Alah y otros muchos que millones de hombres han adorado o que todavía veneran no fueron creaciones del miedo, según pretendía Lucrecia. Nacieron de la esperanza, única divinidad que el tiempo no ha podido derribar.

Como los dioses han salido todos de las mismas ilusiones y todos han ejercido el mismo papel, no es posible establecer una jerarquía entre ellos.

Los creyentes se representan siempre como su imagen propia la de los dioses que adoran. Los indios pacíficos atribuyen a Buda su tolerancia y su cultura. Los cartagineses, los cristianos y los judíos dotaron a sus dioses del espíritu vindicativo que les animaba a ellos.

Uno de los papeles más útiles de las religiones fué crear certidumbres de existencias futuras capaces de embellecer la vida presente. El hombre que cree en una felicidad eterna es más feliz que si cree su existencia efímera. Sólo el miedo al infierno le impide ser completamente dichoso.

Principalmente en la manifestación de las artes plásticas mostraron su influencia las religiones. Las grandes obras de arte de Egipto, India y Europa fueron, sobre todo, monumentos religiosos. A dioses supuestos eternos había que dedicarles templos igualmente eternos.

Una de las fuerzas de los dioses reside en la dificultad de reemplazarlos. Las ilusiones socialistas son todavía menos satisfactorias para el espíritu que las ilusiones religiosas.

La psicología explica la difusión de las creencias religiosas, pero el nacimiento de los dioses es de una interpretación mucho más difícil. ¿Cómo nacieron Moloch, Júpiter, Apolo, Jehová y tantos otros? Ciertas religiones, como el islamismo, salieron por entero del cerebro de un alucinado, pero esta génesis no es aplicable a la historia de todos los dioses.

Cuando desaparezcan los últimos hombres desaparecerán probablemente los últimos dioses.

II

EL PODER DE LAS CREENCIAS

El hombre dominado por una creencia ve crecer su energía. La fe siempre fué un poderoso medio de acción. De ella se ha dicho, muy acertadamente, que puede mover las montañas.

La fuerza de una creencia como el islamismo o el bolcheviquismo no depende de los dogmas que enseña, sino de la energía de las convicciones que inspira.

La unidad de pensamiento, que confiere una gran fuerza a un pueblo, sólo se fundó, generalmente, hasta el presente, sobre creencias religiosas. La razón sola todavía no ha conseguido solidarizar a los hombres.

Cuando una religión ha muerto o está próxima a morir es cuando aparece su utilidad. Muchos pueblos han visto perecer o transformarse su civilización con la muerte de sus dioses.

Incluso cuando la usura del tiempo hace desaparecer una creencia, conserva durante mucho tiempo en las almas una influencia lo bastante fuerte para ser un móvil de acción. El odio de ciertos diplomáticos ingleses puritanos hacia los musulmanes no tiene, probablemente, otras causas.

El hambre y el amor no bastan para sostener la vida del mundo, como afirmaba un gran poeta. Hay que añadir la esperanza creada por las creencias.

Los dioses vindicativos que condenaban a sus criaturas a suplicios eternos por faltas ligeras, fueron de una utilidad indiscutible en ciertas épocas de gran barbarie. En una época culta, su ferocidad no puede ser defendida.

III

LAS DIVERSAS FORMAS DE CREENCIAS

Los adeptos de las grandes religiones monoteístas no pueden ser tolerantes. Detentadores de la verdad pura, consideran como un deber matar a los infieles para extirpar el error. Si el protestantismo se ha vuelto tolerante es porque su división en sectas numerosas le ha aproximado al politeísmo.

Las religiones politeístas siempre fueron tolerantes. Las cruzadas, las guerras de religión, la Inquisición hubieran sido imposibles en pueblos politeístas. Si Roma, cuya tolerancia religiosa era completa, acabó por perseguir a los cristianos, es porque éstos perseguían socavar su poder político.

Si el hecho de ser monoteísta constituye una superioridad para una religión, habría que poner en primer término el islamismo, que representa, en efecto, la sola religión, la única religión monoteísta. El Jehová de los judíos tenía rivales a los que jamás consiguió dominar por completo. El Dios de los cristianos comprende tres personas y un ejército de santos, divinidades secundarias comparables a las del paganismo.

Los fundadores de religiones procedieron muy cuerdamente al dotar a los dioses de todas las pasiones que animan a los hombres. Si estos dioses son celosos, irritables y vindicativos, es porque, representados de otra manera, no hubieran interesado a nadie.

Tanit ordenaba en Cartago la inmólación de niños. Los dioses de Homero exigían de Agamenón que les sacrificara su hija. Las ideas modernas, herederas de los antiguos dioses, todavía reclaman más hecatombes. En la época de la Revolución, las nuevas divinidades, llamadas Libertad e Igualdad, ensangrentaron Europa durante veinte años. Las

matanzas engendradas por la idea comunista son innumerables.

En el dominio de la fe religiosa, el absurdo no se conoce. No se citará en el curso de la historia una sola creencia, por monstruosa que haya sido, que no encontrase defensores.

El entusiasmo de los discípulos de la religión comunista se debe a que las creencias nuevas inspiran siempre a sus adeptos un deseo intenso de destruir los vestigios de la antigua fe. Los recién convertidos no vacilan, como antiguamente Poliuto, en sacrificar su vida para destruir los dioses falsos.

En cada período de su historia los hombres adoptan religiones y filosofías a su propia medida. Aunque generalmente no tienen ninguna relación con la realidad, son lo bastante útiles para crear las explicaciones de que el espíritu humano no puede pasarse.

“Si existe un Dios—escribía Pascal—, es infinitamente incomprensible... Por lo tanto, somos incapaces de conocer ni lo que es ni si es.” Hoy no está la ciencia más adelantada en esto que cuando tales palabras se escribieron. Admite, sin embargo, de más en más, que si los dioses existen jamás intervienen en la vida de los hombres.



Creer que se debe creer, es creer ya.

IV

LA RAZÓN DE LA FE

Lo absurdo de un sueño no choca más al que lo hace que lo absurdo de una creencia religiosa o política choca al creyente. Sueños y creencias tienen el rasgo común de escapar por entero al poder de la razón.

La irresistible fuerza de las creencias religiosas y la impotencia de la razón ante ellas aparece claramente cuando se ven grandes genios como Descartes y Pascal aceptar dogmas religiosos que, desde hacía ya tiempo, no eran defendibles. Cuando Newton, por ejemplo, disertaba sobre las divagaciones del Apocalipsis, su razón estaba evidentemente paralizada por influencias místicas que le dominaban por completo.

Desde el punto de vista de la razón pura, todas las creencias religiosas, desde la adoración de la serpiente al culto de Alá, tienen un valor casi idéntico, porque se derivan de ilusiones psicológicas idénticas.

Si los creyentes pudieran preocuparse del valor racional de sus creencias, no tardaría en dejar de haber creyentes.

El creyente que se niega a discutir su fe por el temor de perderla es víctima de un miedo muy quimérico. Una creencia no se destruye por la razón sino cuando está próxima a morir en el alma del creyente.

Para concebir con qué lentitud influye la razón sobre las creencias hay que recordar que, durante varios siglos, miles de hombres fueron quemados vivos a causa de sus supuestas relaciones con el diablo.

Pretender destruir una religión persiguiendo a sus adeptos, como hicieron los radicales en Francia durante mucho tiempo, muestra hasta qué punto son desconocidos los fundamentos psicológicos de las creencias.

“El corazón es el que siente a Dios y no la razón”—decía Pascal—. Los dioses perecerían pronto si los juicios del corazón fueran los de la razón.

Los devotos perfectos, como inútilmente buscaba serlo Pascal y como realmente lo eran los solitarios de Port Royal, llevaban una existencia muy miserable. La esperanza del Paraíso queda anulada en ellos por un miedo horrible al infierno, en donde temen arder eternamente.

Uno de los errores del catolicismo moderno fué no haber comprendido hasta qué punto devenía inaceptable al continuar hablando de suplicios éternos en un infierno sin esperanza.

Podemos preguntarnos qué sería hoy de las civilizaciones si la humanidad hubiera consagrado a las investigaciones científicas una pequeña parte de los esfuerzos realizados para obedecer a las voluntades de dioses imaginarios. Pero tal vez estas ilusiones fantasmáticas eran las únicas capaces de obligar al hombre a realizar los esfuerzos de los que han nacido todos los progresos.

La conversión a una religión nueva es generalmente instantánea; pero le hace falta siglos para implantarse definitivamente en las almas, y más siglos todavía para desaparecer. A pesar de la larga existencia del cristianismo, el paganismo grecolatino no ha muerto completamente, puesto que el arte, en todas sus formas, ha quedado impregnado de él.

Los cristianos calificaban de absurda la adoración del cocodrilo por los egipcios o de la serpiente por los indios, sin sospechar que sus descendientes juzgarían tan absurda la adoración de un Dios que creía necesario dejar crucificar su hijo para perdonar una desobediencia a sus órdenes.

Incluso si las civilizaciones futuras sólo aceptaran la ciencia por guía tendrían, sin embargo, interés en seguir construyendo catedrales, mezquitas y pagodas, en las que los hombres se solidarizaran un poco meditando sobre las fuerzas misteriosas en que están envueltos y que personificaban sus antiguos dioses.

Desde el punto de vista puramente racional, el laboratorio es evidentemente superior al cuartel y a la iglesia; pero pasarán muchos siglos antes de que sea posible suprimir la iglesia y el cuartel.

El verdadero milagro del cristianismo consiste en haber hecho aceptar durante veinte siglos a espíritus capaces de razonar la prodigiosa leyenda de un Dios condenando su hijo a un suplicio degradante y fabricando un infierno eterno para castigar a sus criaturas.

Una de las fuerzas del cristianismo en los Estados Unidos es la de ser únicamente conceptualizado desde el punto de vista de su utili-

dad social, sin preocuparse de la parte de error o de verdad que contiene.



Los creadores de dioses han dado al hombre la preciosa esperanza, pero en cambio lo encerraron durante siglos en una prisión de ignorancia y de errores.



Pocos ideales hay que no contengan una gran parte de ilusiones y, sin embargo, ningún pueblo ha podido prosperar sin la influencia de un ideal.



La expresión "yo no quiero creer" se deriva de un error psicológico, pues jamás se cree o se deja de creer por un esfuerzo de la voluntad consciente.

CAPITULO X

Visiones filosóficas del mundo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



dad social, sin preocuparse de la parte de error o de verdad que contiene.



Los creadores de dioses han dado al hombre la preciosa esperanza, pero en cambio lo encerraron durante siglos en una prisión de ignorancia y de errores.



Pocos ideales hay que no contengan una gran parte de ilusiones y, sin embargo, ningún pueblo ha podido prosperar sin la influencia de un ideal.



La expresión "yo no quiero creer" se deriva de un error psicológico, pues jamás se cree o se deja de creer por un esfuerzo de la voluntad consciente.

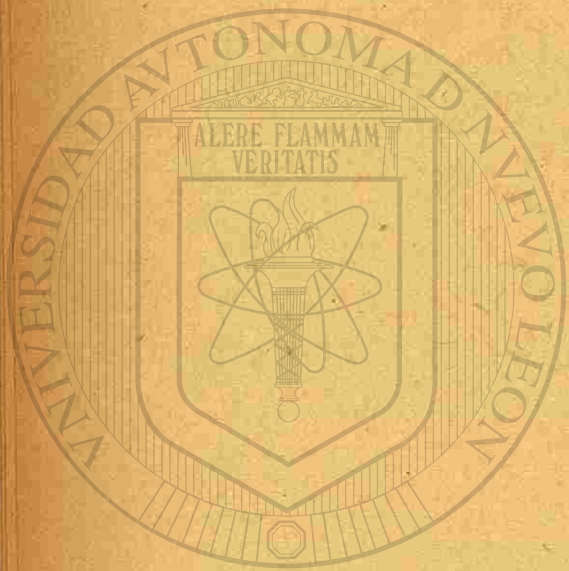
CAPITULO X

Visiones filosóficas del mundo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1

CONCEPCIONES FILOSÓFICAS DEL MUNDO

¿Es el mundo real o irreal, finito o infinito, creado o increado, efímero o eterno? La ciencia no entrevé el momento en que podrá contestar a uno cualquiera de estos enigmas.



La imposibilidad de descubrir la naturaleza íntima de la vida, de la materia y de la fuerza muestra que el espíritu humano está todavía confinado en el conocimiento de los efectos, sin que pueda remontar a sus causas.



La física es la ciencia de lo real y la metafísica de lo irreal, pero hasta hoy el mundo ha estado guiado mucho más por lo irreal que por lo real. La metafísica continúa siendo, pues, la gran teorizante del mundo.



Querer comprender demasiado rápidamente es condenarse a no comprender nunca.

Los grandes progresos resultan de la sustitución de lo cuantitativo por lo cualitativo. Los instrumentos de medida como la balanza, el galvanómetro y el termómetro han modificado más nuestros pensamientos y nuestras condiciones de existencia que todas las disertaciones filosóficas.

La vida de un espíritu puro, es decir, de un ser desprovisto de órganos de los sentidos, y, por lo tanto, de sensibilidad, sería muy miserable. Homero ya había presentido esto cuando hizo decir a la sombra de Aquiles, evocada por Ulises: "Yo preferiría ser un miserable labriego sobre la tierra que rey en el imperio de las sombras".

Cuando los seres que nos rodean parecen desaparecer no hacen, en realidad, sino cambiar de forma. La desaparición total, siendo científicamente imposible, los elementos fun-

damentales de los seres sólo son concebibles bajo un aspecto eterno.

Como el presente es resultado del pasado que le ha precedido, puede decirse que el presente se compone sobre todo del pasado.

El tiempo solo no es accesible bajo la forma de cambio: cambio de posición de un astro, de la aguja de la esfera y también de los seres que nos rodean. Como los ciclos eternos de las religiones no pueden cambiar, el tiempo sería necesariamente desconocido.

Algunos metafísicos ponen en duda la realidad del tiempo, pero no pueden negar que una ley universal obliga a los seres a nacer, crecer, declinar y morir. A esta ley del cambio es a lo que podemos dar el nombre de tiempo.

Vivir es cambiar. El cambio es el alma de las cosas.

El concepto de la vida se transforma cuando en vez de considerarla a través de nuestra personalidad efímera la consideramos a través de la personalidad colectiva durable de la raza. Jerjes se entristecía a la idea de que ningún hombre de su inmenso ejército viviría al cabo de un siglo. Si hubiera vuelto pasado un siglo y encontrárase el mismo ejército formado de hombres tan jóvenes, con los mismos rostros, habría comprendido que la muerte no es definitiva, puesto que los difuntos no tardan en revivir en sus descendientes.

Si todos los fenómenos físicos, químicos y biológicos superiores a nuestra comprensión tuvieran que ser calificados de sobrenaturales, casi sólo habría cosas sobrenaturales en el mundo.

Ciertos filósofos admiten que el mundo que perciben nuestros sentidos es una creación artificial de éstos. Poco importa que el mundo observado sea un mundo artificial deformado, puesto que el conjunto de las deformaciones que lo constituyen está sometido a le-

yes cuya constancia comprueba la observación.

Amaos los unos a los otros, dicen las religiones. Devoraos los unos a los otros, prescribe la Naturaleza. Si los hombres, como todos los seres, no hubieran respetado las prescripciones de la Naturaleza, todavía viviría en el fondo de las cavernas, sin el menor esbozo de civilización.

La vida de los grandes genios no parece tener para la naturaleza más importancia que la de una colonia de microbios o un hormiguero.

La comprensión de las causas primeras parece tan fuera del alcance de nuestra inteligencia, que un ser superior venido de un mundo lejano para explicárnoslas no lo conseguiría mejor que si nosotros quisiéramos enseñar álgebra a un mono.

El sabio vacila, con frecuencia, cuando quiere determinar las causas de un fenómeno. El ignorante no vacila jamás.

El porvenir está contenido en el presente, como la encina en la bellota. El tiempo hace salir la encina de la bellota, pero no la crea.

II

LA VERDAD Y LA CERTIDUMBRE

Los hombres se pasan fácilmente sin verdades; pero jamás han vivido sin certidumbres.

Las creencias más claramente absurdas a los ojos de la razón son generalmente las que dan nacimiento a más certidumbres. Durante largos siglos los hombres tuvieron la certidumbre de que Moloch exigía que se le inmolaran niños y que Jehová condenaba a suplicios eternos a las criaturas que no obedecían sus leyes. Los comunistas modernos poseen certidumbres del mismo orden.

La era de los grandes progresos científicos que transformaron las civilizaciones sólo na-

cieron cuando el hombre pudo distinguir la verdad de la certidumbre.

Las ilusiones aceptadas como certidumbres fueron, a veces, tan fecundas como las verdades. La razón construye estaciones y laboratorios, pero jamás hubiera hecho salir de la nada las pirámides, las mezquitas, las catedrales y todas las maravillas que son ornato de nuestras civilizaciones.

Las verdades científicas son verdades universales. Las certidumbres religiosas o políticas aceptadas como verdades son, generalmente, convicciones transitorias salidas de pasiones y de sentimientos sin elemento alguno racional por sostén.

Las certidumbres quiméricas, como están cargadas de inagotables esperanzas, la fría razón será siempre impotente contra ellas.

Los filósofos que en otro tiempo consideraban como verdad toda opinión aceptada por el asentimiento universal, confundían la verdad y la certidumbre; la adhesión universal crea certidumbres, pero sólo la ciencia construye verdades.

Desde el origen de los tiempos los adoradores de las divinidades que poblaban los cielos creyeron poseer certidumbres. Hicieron falta siglos de reflexión para descubrir que no existía huella alguna de verdad en estas certidumbres.

Mientras que las certidumbres religiosas acaban siempre por perecer, las verdades científicas son eternas. Las enunciaas por Arquímedes y Euclides guardan el mismo valor que hace dos mil años.

En el dominio de la ciencia las cosas tienen un valor real independiente de las opiniones. En el de las creencias no tienen más valor que la idea que nos formamos de ello.

A veces hace falta mucho tiempo para que una verdad demostrada se convierta en una verdad aceptada.

Los hechos científicamente demostrados son inmutables; pero su explicación varía con el progreso de los conocimientos. Las teorías de Darwin y de Pasteur son un tanto anticuadas. El átomo, en otro tiempo mirado como milagro de simplicidad, ha devenido un milagro de complejidad.

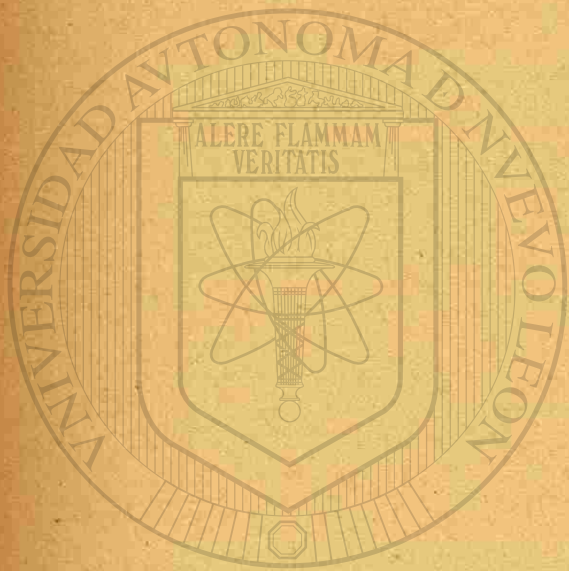
En las ciencias que se dirigen a la inteligencia la forma ofrece poca importancia. Es esencial, por el contrario, en la literatura que se dirige a los sentimientos. Muy ilustres escritores no tuvieron sobre la vida, las sociedades, los conflictos de los pueblos, etc., más que pueriles concepciones. Sin embargo, son muy justamente admirados, como se admira la forma de una estatua, sin preocuparnos de la materia que la compone.

¿Por qué los creadores de leyendas no han imaginado jamás un mundo poblado de seres

sin ilusiones? Sin duda porque la vida de tales seres no sería concebible.

Las realidades científicas más sólidas contienen siempre una buena parte de ilusiones. El progreso de las ciencias consiste, sobre todo, en ir las reduciendo.

Si una convicción de origen sentimental es siempre más fuerte que una convicción de origen racional, es porque los sentimientos dominan fácilmente a la razón, mientras que ésta ejerce poca influencia sobre aquéllos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

LAS LEYES DE LA VIDA

El niño, al nacer, es ya muy viejo, puesto que representa la síntesis de un pasado inmenso. Su alma individual está constituida por una acumulación de residuos de almas ancestrales.

Tan exacto es afirmar que no se ve dos veces el mismo ser, que comprobar, con Heráclito, que no nos bañamos dos veces en el mismo río. Esta segunda aserción es evidente, mientras que para establecer la primera ha necesitado la fisiología realizar grandes progresos.

La vida aparece hoy como una potencia directora cargada de pasado y capaz de utilizar todas las fuerzas de la Naturaleza, pero que

no puede ser creada por éstas. Hasta aquí la vida sólo ha salido de la vida. Sólo ella puede obligar a la microscópica célula, comienzo de todos los seres, a experimentar las transformaciones necesarias para llegar a ser un hombre, un elefante o un árbol. La impotencia de la ciencia para interpretar este misterio marca claramente los límites de nuestra inteligencia.

En toda la escala de los seres las superioridades excepcionales representan monstruosidades. Por esta razón, sin duda, la Naturaleza vuelve a sus descendientes al nivel medio de la especie de que forman parte.

Durante centenares de siglos que precedieron a la aparición del hombre todos los seres vivían muy bien sin poseer nuestra razón. Afirmar que estaban guiados por instintos ciegos es sencillamente comprobar el estado rudimentario de nuestra psicología.

En todos los actos de la vida orgánica, las cosas pasan como si existieran modos de co-

nocimiento muy superiores a veces, a veces inferiores a nuestra inteligencia; pero siempre muy diferente de ésta.

La vida es, sin duda, tan indestructible como las otras fuerzas. Así, pues, si como todo parece probar, la personalidad queda totalmente destruída por la muerte, los elementos de esta personalidad sirven para formar nuevos seres. En estas condiciones, es la vida colectiva la que es eterna y no la individual.

La lucha por la existencia y la aptitud para adaptarse a las variaciones del medio hacen sobrevivir y evolucionar los seres mejor dotados. La herencia transmite los cambios así adquiridos. No obstante pacientes esfuerzos, la ciencia no puede añadir nada a estas sumarísimas nociones sobre los orígenes y la evolución de los seres vivos. La parte esencial de estos fenómenos nos escapa por completo.

La muerte intelectual comienza desde el momento en que las opiniones son demasiado

fijas para cambiar. El hombre, incluso cuando se conserva joven, entra entonces en el dominio de los muertos. El presente y el porvenir ya no son concebibles para él si no es envueltos en el pasado.

Si las fuerzas que han hecho surgir la vida de la inerte materia están dotadas de inteligencia, esta inteligencia parece dominada por ciegas necesidades que le quitan toda libertad. Seguramente que no es consecuencia de sabios razonamientos la creación de tantos peligrosos microbios. Razones que no comprende todavía nuestra razón y en las que la inteligencia, tal como nosotros la conocemos, no podría desempeñar papel alguno, parecen haber dirigido la evolución de los seres.

Por las fuerzas inexplicadas que hicieron salir la vida de la materia, y tras una acumulación de siglos surgir el pensamiento de la vida, todos los seres son iguales. La existencia del microbio más pernicioso está tan protegida por la Naturaleza como la de los demás seres.

IV

LA CORDURA Y LA FELICIDAD

Unánimes para admitir que la felicidad constituye el objetivo principal de la vida, los hombres raramente estuvieron de acuerdo sobre los medios para obtenerla. ¿Seguir ciegamente sus pasiones? Ellas procuran más dolor que alegría. ¿Guiarse por la razón? Sus realidades son muy inciertas. ¿Obedecer las órdenes de los dioses? Callan desde hace tiempo. Lo más cuerdo parece adaptarse sencillamente a las necesidades del medio en que se vive.

No se avanza gran cosa reflexionando sobre el destino. La verdadera filosofía consiste tal vez en atravesar la vida con la tranquila serenidad del animal que padece en la hierba de la senda que le conduce al matadero. Este

fijas para cambiar. El hombre, incluso cuando se conserva joven, entra entonces en el dominio de los muertos. El presente y el porvenir ya no son concebibles para él si no es envueltos en el pasado.

Si las fuerzas que han hecho surgir la vida de la inerte materia están dotadas de inteligencia, esta inteligencia parece dominada por ciegas necesidades que le quitan toda libertad. Seguramente que no es consecuencia de sabios razonamientos la creación de tantos peligrosos microbios. Razones que no comprende todavía nuestra razón y en las que la inteligencia, tal como nosotros la conocemos, no podría desempeñar papel alguno, parecen haber dirigido la evolución de los seres.

Por las fuerzas inexplicadas que hicieron salir la vida de la materia, y tras una acumulación de siglos surgir el pensamiento de la vida, todos los seres son iguales. La existencia del microbio más pernicioso está tan protegida por la Naturaleza como la de los demás seres.

IV

LA CORDURA Y LA FELICIDAD

Unánimes para admitir que la felicidad constituye el objetivo principal de la vida, los hombres raramente estuvieron de acuerdo sobre los medios para obtenerla. ¿Seguir ciegamente sus pasiones? Ellas procuran más dolor que alegría. ¿Guiarse por la razón? Sus realidades son muy inciertas. ¿Obedecer las órdenes de los dioses? Callan desde hace tiempo. Lo más cuerdo parece adaptarse sencillamente a las necesidades del medio en que se vive.

No se avanza gran cosa reflexionando sobre el destino. La verdadera filosofía consiste tal vez en atravesar la vida con la tranquila serenidad del animal que pace en la hierba de la senda que le conduce al matadero. Este

animal sería muy miserable si sospechara la existencia del matadero.

Uno de los mejores medios para ser feliz consiste en creer que se es realmente o que se llegará a serlo. Las religiones que crearon esta certidumbre debían, por esta única razón, representar un papel importante en la vida de los pueblos.

Correr demasiado en busca de la felicidad no es, con frecuencia, sino salir al encuentro de la desgracia.

A veces es inútil pensar. Para ser feliz no hay que pensar demasiado.

¿La esperanza de poseer las cosas nos hace más felices que la posesión de ellas? Contestar a esta pregunta implicaría el conocimiento de un termómetro de la felicidad.

Alimentarse, reproducirse y entredestruirse fueron las principales ocupaciones de los pueblos desde los orígenes de la Historia. Nada indica todavía que su existencia pueda ser orientada de otra manera.

En el mundo físico como en el mundo moral reina una dualidad, ley fundamental de los fenómenos. Atracciones y repulsiones del mundo físico se convierten en placer y dolor, odio y amor del mundo moral.

La audacia sin juicio es peligrosa, y el juicio sin audacia, inútil.

De nada sirve obrar si una idea directora no orienta eficazmente la voluntad de obrar.

Saber sin creer no crea poder.

La vejez representa, con frecuencia, una forma algo atenuada de la servidumbre.

En las relaciones entre individuos y entre pueblos es necesaria la desconfianza; pero hasta el día en que se pueda justificar debe permanecer expectante y no actuante.

Es sobre todo en el desarrollo de los acontecimientos donde el riguroso encadenamiento llamado fatalidad desempeña su papel.

El heroísmo puede salvar a un pueblo en circunstancias difíciles; pero la acumulación diaria de pequeñas virtudes es la que determina su grandeza.

La injusticia de la cual nos aprovechamos no tarda en convertirse en justicia.

V

LO IMPREVISIBLE Y LA REGIÓN DE LAS CAUSAS

Lo imprevisible domina en la Historia. La batalla del Marne, la intervención americana, la traición rusa, el desastre alemán constituyen una serie de acontecimientos que ningún cerebro podría prever. El pesimismo actual resulta, en parte, de que los pueblos se sienten envueltos de peligros imprevisibles.

Los alemanes fueron vencidos en la última guerra por la parte inmensa de imprevisible que contienen los fenómenos sociales. Alianza y armamentos, todo había sido tan minuciosamente preparado, que el triunfo de Alemania parecía inevitable y, sin embargo, sufrió una aplastante derrota.

En todos los fenómenos científicos o sociales los límites de lo previsible se alcanzan pronto. Los mismos astrónomos sólo prevén hechos muy sencillos. Cuando los fenómenos se complican un poco ya no son capaces de prever. Así sucede que la determinación de las trayectorias de tres astros que se influencian recíprocamente es imposible.

En los fenómenos sociales, la complejidad de las causas impide, generalmente, la previsión de los efectos.

El cálculo de probabilidades que permite predecir ciertos fenómenos, como la cifra de fallecimientos a una edad y en un país determinado, se aplica únicamente a hechos muy repetidos y no a casos aislados. Sólo son aplicables las previsiones a los acontecimientos colectivos.

La ignorancia de la verdadera razón de las cosas constituyó siempre una fuente de luchas sociales e internacionales.

En el alma de un pueblo, mucho más que en los acontecimientos exteriores, es donde hay que buscar las causas de su destino. Roma declinó cuando, bajo la influencia de creencias nuevas y de infiltraciones repetidas de extranjeros, se fué disgregando su alma.

Las verdaderas causas de los acontecimientos escapan siempre cuando, en vez de buscar sus fuentes lejanas, sólo se preocupa de sus orígenes inmediatos. La mayoría de los hechos de la gran guerra quedan inexplicados por esta sola razón.

Las ideas fijas hacen imposible la percepción de las realidades más visibles. Ver bien es a menudo tan difícil como prever.

Muchos efectos visibles quedan incomprensibles porque constituyen la exteriorización de causas invisibles, inaccesibles.

Jamás fué tan difícil como hoy presentir la orientación próxima de la Historia. Algunos

descubrimientos, tal como los de las fuerzas motrices originadas por la hulla y el petróleo, tienen sobre la vida de los pueblos una influencia mucho más considerable que la ejercida en otro tiempo por los conflictos religiosos o las ambiciones de los reyes.

Entre los millares de hombres que aspiran a establecer el reino del derecho y de la justicia, ¿cuántos hay capaces de definir el derecho y de comprender la justicia?

Los acontecimientos serían interpretados de manera muy distinta sí, para juzgarlos, el espíritu y el corazón usaran la misma medida.

FIN

INDICE

	Páginas.
PREFACIO.....	7

CAPITULO PRIMERO

LA VIDA POLÍTICA

I.—Perturbaciones políticas y morales creadas por la guerra.....	13
II.—Las dificultades modernas de los gobiernos.....	17
III.—Las creencias políticas.....	25
IV.—Las fórmulas políticas.....	31
V.—Los errores de psicología en política.....	35

CAPITULO II

LAS GUERRAS, LAS REVOLUCIONES Y EL DESARME

I.—Las causas de guerras futuras y el desquite germánico.....	45
II.—Las luchas por la hegemonía.....	51
III.—Las ilusiones sobre la posibilidad de un desarme.....	55

descubrimientos, tal como los de las fuerzas motrices originadas por la hulla y el petróleo, tienen sobre la vida de los pueblos una influencia mucho más considerable que la ejercida en otro tiempo por los conflictos religiosos o las ambiciones de los reyes.

Entre los millares de hombres que aspiran a establecer el reino del derecho y de la justicia, ¿cuántos hay capaces de definir el derecho y de comprender la justicia?

Los acontecimientos serían interpretados de manera muy distinta sí, para juzgarlos, el espíritu y el corazón usaran la misma medida.

FIN

INDICE

	Páginas.
PREFACIO.....	7

CAPITULO PRIMERO

LA VIDA POLÍTICA

I.—Perturbaciones políticas y morales creadas por la guerra.....	13
II.—Las dificultades modernas de los gobiernos.....	17
III.—Las creencias políticas.....	25
IV.—Las fórmulas políticas.....	31
V.—Los errores de psicología en política.....	35

CAPITULO II

LAS GUERRAS, LAS REVOLUCIONES Y EL DESARME

I.—Las causas de guerras futuras y el desquite germánico.....	45
II.—Las luchas por la hegemonía.....	51
III.—Las ilusiones sobre la posibilidad de un desarme.....	55

	<u>Páginas.</u>
IV.—Las incertidumbres sobre los orígenes de la guerra.....	59
V.—Las causas de las revoluciones.....	61
VI.—Los resultados de las revoluciones.....	65

CAPITULO III

LAS RELACIONES INTERNACIONALES Y LAS ALIANZAS

I.—Las relaciones internacionales.....	73
II.—Las fuerzas económicas.....	77
III.—Los tratados de paz y los congresos políticos.....	83
IV.—Los tratados de alianza y su valor.....	87
V.—La Sociedad de las Naciones.....	91

CAPITULO IV

EL DERECHO Y LA MORAL

I.—Las costumbres y las leyes.....	97
II.—El derecho y la fuerza.....	101
III.—Las fuerzas morales.....	105
IV.—Las fuerzas de la moral.....	109

CAPITULO V

LAS FORMAS MODERNAS DEL DESPOTISMO

I.—El extremismo.....	115
II.—El socialismo.....	119
III.—El sindicalismo.....	123
IV.—El comunismo.....	127
V.—La igualdad y la necesidad de servidumbre..	131

Páginas.

CAPITULO VI

LA EVOLUCIÓN DE LAS CIVILIZACIONES

I.—Cómo nacen y desaparecen las civilizaciones.	135
II.—Las instituciones políticas.....	141
III.—Algunas consecuencias de las ideas democráticas.....	145
IV.—Los relatos históricos.....	149

CAPÍTULO VII

LA INTELIGENCIA, EL CARÁCTER Y LA EDUCACIÓN

I.—La incomprensión y los conflictos mentales..	155
II.—El carácter y la inteligencia en la vida de los pueblos.....	159
III.—La inteligencia, los sentimientos y la intuición.....	165
IV.—La instrucción y la educación..	169

CAPÍTULO VIII

LAS INFLUENCIAS CONSCIENTES E INCONSCIENTES
EN LA VIDA DE LOS PUEBLOS

I.—La vida consciente y la inconsciente.....	177
II.—La vida colectiva y el papel de los agitadores.	181
III.—El alma de los pueblos.....	185
IV.—Las oscilaciones de la opinión.....	189

CAPÍTULO IX

LA EVOLUCIÓN DE LOS DIOS EN LA HISTORIA

I.—El papel de los dioses.....	195
II.—El poder de las creencias.....	199
III.—Las diversas formas de creencias.....	201
IV.—La razón de la fe.....	205

CAPÍTULO X

VISIONES FILOSÓFICAS DEL MUNDO

I.—Concepciones filosóficas del mundo.....	213
II.—La verdad y la certidumbre.....	219
III.—Las leyes de la vida.....	225
IV.—La cordura y la felicidad.....	229
V.—Lo imprevisible y la región de las causas.....	233

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



